MANUEL LINARES RIVAS

Camino adelante

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

CAMINO ADELANTE

CAMINO ADELANTE

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el 11 de Febrero de 1913



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1913

A D. Arturo Costa

Querido tío Arturo: Tú no eres mi tío, pero eres un tío... (Echevarrieta, final acto 1.°), y al dedicarte esta obra, que ya era un poco tuya por el afán que en ella has puesto, me complazco en testimoniar todo el afecto y toda la amistad de tu sobrino, que no es tu pariente...

Manolo Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SACRAMENTO		Teodorita Moreno.
DOÑA ANUNCIACIÓN	Sra.	Simó.
ANUNCIA	Srta.	Riquelme.
LA DEMANDADERA		López.
JUANA		López Heredia.
ECHEVARRIETA	Sr.	Simó-Raso.
AGUSTÍN		Gatuellas.
DON FLORENTINO		Marchante.
EL PADRE EUSEBIO		La Riva.
CLEMENTE		Palma.
ROMERAL		Sapela.
EL SEÑOR RAPOSO		Molinero.



ACTO PRIMERO

Una salita de pueblo con las paredes pintadas de azul claro, muy alegre y muy limpia. Al foro, rejas. Forillo, un patio con plantas verdes.

Un gran brasero de bronce. Cuadros de Santos y algún paisaje. Sillas y butacas de paja blanca, antiguas. Una arqueta y flores naturales en vasos. Un cuadro antiguo, «negro y borroso», con un marco magnifico, grande.

La acción de los dos actos en Villalinda. Época actual. Derecha é izquierda, las del actor.

El acto primero ocurre durante el mes de Abril. Es de día, con sol en el forillo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANUNCIACION, sentada beatíficamente: CLEMENTE y ANUNCIA sentados también.—Estos, AGUSTIN, ECHEVARRIETA y JUANA, visten de luto, lo mismo que SACRAMENTO

Anun. ¿Qué hora es?

Anuncia } (A un tiempo.) { Las nueve menos cuarto, mamá.
Clem. } { Las nueve y cuarto, mamá.

Anun. Como tú siempre dices de menos, Anuncia, y tú siempre dices de más, Clemente, de entre los dos saco la hora exacta. Las nueve. ¿Y Agustín en la cama todavía...? ¡No me quedaba más por ver en este mundo!

Clem. Poco te había quedado...

Anuncia ¿Quieres que lo llame?

Anun. ¡No, no! Vendrá rendido de tantos meses de estudio.

Clem. Si fuera yo el dormilón ya estabais pasándome por la cara la tohalla mojada en agua fría.

Anuncia ¡Si vieras qué muecas haces...!

Clem. Para otra vez despiértame con el espejo delante: que también yo disfrute de mis muecas.

Anun. Pero no te compares tú...

Clem. Qué he de compararme con un sabio, con un talentazo, con un hombre que gana la cátedra de anatomía en San Carlos...

Anuncia Muy listo y muy estudioso, sí lo es.

Anun. En el pueblo le llaman la gloria de Villalinda.

Clem. Se lo van llamando, sí, pero es á fuerza de oírtelo á ti, mamá.

Anun. Porque sea mi hijo no voy á negarle talento. ¡Ya veréis á donde llega en Madrid! Y bueno, bueno, que no hay más bueno que él.

Clem. Gracias, gracias.

Anun. Ayer salió su nombramiento en la *Gaceta* y ayer mismo ha venido á este rincón de Villalinda para darme un abrazo.

Clem. Un abrazo y de paso á lo de las partijas.

Anun. Te equivocas.

Anuncia Ya dijo anoche que él no lo necesita ahora y que es mejor para todos que su parte continúe unida en el negocio.

Anun. Y antes de hablar con esa ligereza de Agustín, has debido pensar que es el hermano mayor, el único amparo que nos queda después de la gran desgracia nuestra. ¿Habéis rezado por la memoria de vuestro padre?

Anuncia }
Clem. } Sí señora.

Anun. (Afligiéndose.) ¡Cinco meses ya...!

Anuncia (Yendo á ella.) No te aflijas...

Clem. Y tampoco hay para exagerar así nuestra posición, que no estamos en medio de la calle. La fábrica sigue funcionando y nosotros cobramos nuestra renta como siempre.

Anun. ¡¡Sólo faltaría que nos la quitaran!!

Anuncia La fábrica es nuestra. ¿Quién nos la va á quitar?

Clem. Ahora habrá que partir las ganancias y la fortuna, aunque lo nuestro quede ahí también hasta que seamos mayores de edad.

Anun. ¿Dividir la fábrica? ¡Ay, esto me faltaba que que ver!

Clem. Pues lo verás. No vamos á ser unos niños eternamente, y la legítima de papá hay que entregárnosla. Con tal de que hasta entonces no nos robe mucho el administrador.

Anun. Clemente, hijo, no hables así del señor Echevarrieta, que es una persona muy digna y muy temerosa de Dios.

Clem. Eso es lo que me intranquiliza á mí: si no hiciera malas cosas ¿por qué le iba á tener tanto miedo á Dios...?

Anun. Calla, calla: es un pensamiento injusto y temerario. Tu padre, que en gloria esté, confiaba en su honradez: tu hermano, que tiene ese talento, también le confía sus intereses... ¿por qué vas á recelar tú que no eres más que un mozalbete?

Clem. Motivo no tengo, es cierto; pero mire usté, mamá, él tiene el dinero... no es mucho que yo tenga la desconfianza.

Anun. Calla, calla, hijo; no vaya á oirte quien no te conozca y se figure que eres tú el capaz de cometer esas bajezas. Ven, Anuncia, acércate y recemos dos Padrenuestros por el mal pensamiento que tuve.

Clem. (Aparte á Anuncia.) Reza cuatro: los dos míos también.

Anuncia ¡En seguida!

Clem. Ahora.

Anun. No. Este en seguida significa que no pienso en tal cosa.

Clem. Cada día entiendo menos el castellano.

Anun. ¡Ven, Anuncia!

ESCENA II

DICHOS: JUANA, por la derecha

Juana Señorita... el señorito duerme todavía. He pegado el oído al ojo de la cerradura y se le

oye respirar dulcemente. Luego volveré á mirar si se levanta.

Anun. ¡A mirar, no! Piense usted, Juana, que el señorito Agustín es ya un hombre.

Juana Ya lo había pensado, señorita...

Anun. Llame usted siempre antes de entrar.

Juana Muy bien.

Clem. Y si es preciso, llama también para que te te dejen salir.

Anun. ¡Clemente!

Clem. Lo dije para que no diera un golpe á alguien en el corredor.

Anun. Las puertas abren para adentro.

Clem. Entonces que no llame.

Anuncia (Dándole un codazo.) Cállate.

ESCENA III

DICHOS; la DEMANDADERA por la izquierda

Dem. Ave María.

Anun. Gratia plena.

Dem. ¿Están ustedes bien...?

Anun. ¿Y usted...?

Dem. De parte de la madre Superiora que hagan el favor de aceptar esos dulcecitos para que los pruebe el señor catedrático.

Anun. Muchas gracias. Recógelos, Juana.
(Mutis Juana por derecha.)

Dem. Dígale que ya los puede tomar con toda confianza: están hechos por las mismísimas manos de la madre Lectora.

Anun. ¿Será posible...?

Dem. Como usted lo oye. Ya sabe usted, doña Anunciación, que la madre Lectora se equivoca en muchas cosas, pero en el punto del almíbar parece que es una inspiración del Altísimo que le va diciendo: «Un poquito más de canela, sor Estefanía... y un poquito más de azúcar; no deje hervir más, sor Estefanía...»

Anun. Sí que lo parece.

Clem. Lo es, de fijo.

Dem. Y esto es un escapulario, bordado con hilo del manto que se le estropeó á la Santísima

Virgen de las Angustias. Me dijo la Reverenda Madre que no dejara de ponérselo, que le ha de hacer mucho bien espiritual... (Con algo de misterio.) Sobre todo para Madrid.

Anun. Se lo pondrá, ya lo creo, pero no tenga miedo. Mi hijo Agustín es muy buen cristiano.

Dem. Ya lo sé, y Dios se lo conserve en gracia muchos años; pero Madrid es un infierno. Según dicen, por allí andan sueltos muchos demonios y muchas demonias.

Anun. ¿Qué me va á contar...?

Dem. ¿Estuvo usted, verdad?

Anun. Dos veces. y de una cinco días seguidos. Mire, en la casa donde paramos había un Magistrado del Supremo: ya ve que debe ser una persona de respetabilidad y de juicio.. Bueno, pues hubo días que á las diez de la mañana aun no amaneciera.

Dem. ¡Jesús!

Anun. Y sano, no crea que por enfermedad, no.

Dem. ¡Jesús qué Madrid! ¡No me cuente más, que sabrá horrores...!

Anun. Figúrese... Dígame, y de doña Agnstina, ¿qué noticias?

Dem. Muy medianas: temen que se quede ciega.

Anun. ¿Ciega, una señora tan honrada? ¡Era lo que me faltaba por ver en este mundo!

Clem. (Aparte á Anuncia.) Me parece que á mamá le faltan muchas cosas que ver...

Anuncia Algunas aprenderá contigo, que eres muy descarado.

Dem. (Despidiéndose.) Con su permiso, que aun voy á otros recados... ¿Irá el sábado á la fiesta? No deje de fijarse en el rizado de las sobrepellices: son de sor Anselma. ¡Es increíble que la perfección humana pueda llegar á tanto!

Anun. Me fijaré.

Dem. ¿Mandan algo...?

Anun. Nada, que muchísimas gracias y que él mismo irá á dárselas de palabra.

Dem. Cuando guste. Servidora... (Mutis la Demandadera por izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, menos la DEMANDADERA

Anun. Clemente, hijo, ¿te has fijado?

Clem. Sí, señora: no es fea...

Anun. ¡¡Clemente!! Digo si te has fijado en los obsequios...

Clem. También, también. (Aparte á Anuncia.) Sermón...

Anun. ¿Ves como todo el pueblo festeja y agasaja y se honra con la presencia de vuestro hermano? ¡Es una gloria para Villalinda!

Clem. Lo iba á decir yo...

Anun. Un hombre eminentísimo, un pozo de ciencia y de sabiduría, y sin embargo, la humildad personificada. ¿No observaste anoche que yo le autoricé para dirigir el rosario, y él, por humildad, por deferencia á mí, no quiso...?

Clem. (Aparte á Anuncia.) ¡Y porque no sabe!

Anuncia ¡No ha de saber!

Clem. ¿Qué te apuestas?

Anun. Imítale, hijo, imítale. Estudia, aprende... quizá algún día, como hoy á tu hermano, también te obsequien á ti en Villalinda.

Clem. Sí, señora... (Aparte á Anuncia.) Sí, voy á estudiar seis cursos de bachillerato y otros seis de carrera mayor para que al cabo de doce años me regalen cuatro pesetas de almíbar. ¡¡Es todo un plan de enseñanza...!!

Anun. ¿Qué dice?

Anuncia Que estudiará, mamá.

Anun. Dios lo haga.

ESCENA V

DICHOS; JUANA por derecha

Juana (Rápida.) Señorita, ya se ha despertado el señorito Agustín.

Anun. (Levantándose.) ¿Y qué?

Juana (Sorprendida.) Cómo ¿y qué...?

Anun. ¿Pide algo? ¿quiere algo? Anda, Clemente; anda, Anuncia.

Juana Ya le he preguntado y respondió que no.

Anun. Quietos entonces...

Clem. Mamá, yo no te niego que Agustín sea un pozo de ciencia y un arroyo ó un mar de sabiduría; pero, después de haber dormido toda la noche, yo no le encuentro nada de particular á que se levante ahora.

Anun. Ni nosotras.

Clem. Pues no os emocionéis así. Dejadlo que se lave y que se vista... y ya vendrá.

Anun. Tú no quieres hacerte cargo del mérito que supone haber triunfado en unas oposiciones...

Clem. Sí, mamá, sí. Y cuando se habla de su cátedra lo admiro y lo felicito con la misma cordialidad y con el mismo entusiasmo que todos, pero es que vosotras, desde ayer, os estáis admirando de cómo parte las naranjas, de cómo enciende los pitillos y del modo encantador de comerse la ensalada. ¡Y eso no, mamá, eso no! Agustín es un catedrático por oposición, un hombre eminentísimo, un médico de valer excepcional... ¡concedido!... pero la ensalada se la come Agustín igual que todo el mundo, y yo no transijo con tener que admirarle en ese momento.

Anun. No seas envidioso, Clemente. La soberbia aun se puede disculpar, pero la envidia no, que siempre fué camino de perdición.

Clem. ¡Es que vosotras sois tontas de la cabeza á los pies!

Anuncia Tú no tanto: de la cabeza nada más.

Clem. (Amenazándola) ¡Si no estuviera mamá...!

Juana ¿Preparo el chocolate?

Anun. Sí; ponle bizcochos. Tú, Anuncia, ¿los bizcochos?

Anuncia No sé: en la despensa estarán...

Anun. ¿Querrá pan tostado? ¿Qué os parece?

Clem. No sé, mamá: para mí es un conflicto...

Anun. Voy á preguntárselo. (Mutis doña Anunciación por derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, menos DOÑA ANUNCIACIÓN

Anuncia Hace bien mamá al reprenderte.

Clem. ¡Buena hipócrita eres tú...! ¡Y ya estoy más que harto de sermones!

Anuncia Tú los necesitas.

Clem. Lo que necesito yo es que pasen á escape los años que me faltan para la mayoría de edad, coger mi legítima y largarme.

Anuncia ¿Tan mal te tratamos?

Clem. Mal, y además aburrido, que es mayor mal todavía. (A Juana.) ¿Y tú qué fisgoneas aquí? ¿Enterarte de lo que hablamos para contarlo luego?

Juana (Afligida.) Yo no soy chismosa...

Clem. Apenas...

Juana Que si lo fuera, alguna cosa podía contar. Y por mí no sabe nadie que la señorita baja á la reja...

Anuncia ¡¡No lo creas!!

Clem. No lo creo... y eso que te he visto yo también.

Juana Y si yo le dijera á la señora que todas las noches tengo que poner la cómoda detrás de la puerta de mi cuarto...

Clem. Te reñiría.

Juana ¡A usted!

Clem. A ti, porque estropeas los muebles con moverlos tanto.

Juana ¡Ya veríamos á quien...!

ESCENA VII

DICHOS, SACRAMENTO por izquierda con una bandeja, en que trae el chocolate y golosinas, coquetonamente arreglada

Anuncia (Sin mal gesto: con sorpresa.) ¿A dónde vas con eso?

Sac. Para Agustín.

Clem. No había que preguntarlo. ¿No ves qué coquetona ha preparado la bandeja...? ¿No ves

que trae golosinas además del desayuno? Y como para nosotros no pierde el tiempo en esos primores... ¿qué duda cabe de que son para el sabio, para el predilecto, para el único de la casa?

Sac. No pensé que estuviera mal hecho...

Clem. Al contrario: demasiado bien. Es como si dijeras: «mira lo que te traigo». Ni tu madre, ni tu hermana, ni tu hermano, se cuidan de eso; pero yo, Sacramento, la primita, sí me cuido muy gustosa. Agradécemelo á mí...

Sac. (Emocionada, pero disimulando.) Es como decirlo, sí... pero no es como haberlo pensado... ¡Te lo juro!

Clem. Basta la palabra...

Sac. (Entregándole la bandeja.) Llévala tú, Anuncia...

Clem. Supongo que no harás esa tontería, ¿eh...?

Sac. (Cortada.) Entonces... que la lleve Juana.

Clem. Que la lleve...

(Juana coge la bandeja.)

Sac. Y dispensadme vosotros la torpeza...

ESCENA VIII

DICHOS, AGUSTÍN por derecha

Juana ¡El señorito Agustín!

Agus. (Amable, campechano y natural.) Hola, buenos días todos.

Juana Buenos los tenga usted.

Agus. (Besa á Anuncia y á Sacramento, á las dos con igual llaneza, y da una palmada á Clemente.) ¡He dormido como un lirón! ¡Diez horas seguidas! Y aun no aseguro que esté despierto!..

Anuncia Habrás soñado que explicabas tu primera lección.

Agus. No, no, dormir nada más. Después de seis meses de sueño intranquilo, primero con la desgracia del pobre papá, y luego con el ansia de las oposiciones y la esfinje pavorosa del tribunal que se me aparecía preguntándome siempre lo que menos estudiara.

Anuncia (A Clemente.) Contigo ya hubieran tardado en buscar lo que menos sabes...

Agus. Ahora empezará de firme, ¿verdad...? Pues hasta hoy no he dormido á placer, con ese descanso pleno que da la certeza de saberse con el porvenir sujeto á una carrera afortunada, y con la alegría de que al despertar he de hallarme entre los que yo quiero y me quieren, la madre, la hermana, el hermano y la primita adorable, una hermana más.

Clem. Enhorabuena, hombre.

Agus. La acepto por todo: por mi cátedra, por veros, por estar aquí... ¡por todo, por todo!

Juana El desayuno, señorito Agustín.

Agus. ¿Almorzaremos temprano, según costumbre? No quiero nada... (Viendo la bandeja y riéndose encantado.) Espera, espera... No quería tomar nada, pero tanta golosina me da la tentación de pellizcar en algo. Gracias, Anuncia: se ven tus manos primorosas...

Anuncia Pues no son las mías.

Agus. ¿Mamá...?

Anuncia Tampoco: Sacramento.

Agus. Gracia, Sacrita. Parte un dulce conmigo.

Sac. No...

Agus. ¿Cómo que no?

Sac. No, señor...

Agus. ¿Señor...? ¿Pero con quién hablas, Sacra?

Sac. Con usted.

Agus. (Riendo.) ¿Te da miedo el señor catedrático?

Sac. Con ti... (Se echa á llorar y mutis por izquierda. Juana mutis por derecha.)

ESCENA IX

ANUNCIA, CLEMENTE y AGUSTÍN

Agus. (Cortando bruscamente la risa y después de una pausa en que interroga con la mirada.) ¿Qué le ocurre á Sacramento, Anuncia?

Anuncia Nervios.

Agus. ¿Pero nervios solos ó nervios con vosotros?

Clem. Es una niña muy consentida. Ahora mismo, sin que nadie se lo mandara, te llevaba el desayuno primoroso que tú has visto.

Agus. ¿Sin que nadie se lo mandara...? ¿Soleis ce-

lebrar consejo para llevar una jícara de chocolate?

Clem. Entiéndeme...

Agus. Entiendo, entiendo. Esa observación, en boca de mamá, podría significar algo: diciéndola tú, has de comprender que resulta poco airoso para ti, habiendo mujeres en la casa, que te mezcles en la molienda ó que acapares el molinillo.

Clem. Prefiero no contestarte.

Agus. Mejor será: sobre todo si no encuentras contestación.

Clem. Un descaro se dice pronto.

Agus. Sí, muy pronto. Pero yo no he conocido á nadie que los diga mientras le queda una razón para replicar con ella. (Pausa.) ¿Se terminarán las tuyas...? Pues se terminaron las mías. (Abrazándolo.) ¿Me dispensas?

Clem. Claro. (Un poco forzadamente.) ¿Y tú á mí...?

Agus. Te he corregido, porque desgraciadamente ahora me incumbe esa misión... y créeme que lo siento bien. Eres muy chico, la vida no te ha maltratado y fantaseas un poco... Oyeme, Clemente, no cometas nunca una mala acción... pero si es indispensable, antes que decir una mala palabra, comete, comete la mala acción.

Anuncia ¡Vaya un consejo!

Agus. No es un consejo: es una experiencia. (Cogiéndolos afectuosamente.) Y aprovechemos este momento para quedar conformes nosotros tres en lo que hemos de hablar con el administrador, ya que con nuestra madre no podemos contar para negocios.

Clem. No los entiende.

Anuncia Ni quiere.

Clem. Con decirte que ignoraba que se han de hacer partijas de la herencia de papá...

Agus. Eso, aunque no lo supieras tú por ahora, poco perdías. Tratémoslo, pues, nosotros amistosamente y como buenos hermanos.

Anuncia Lo que tú dispongas lo aprobaremos.

Agus. Gracias. Sin embargo, mejor es que vayamos de acuerdo. Mamá es una santa, pero no tiene ni idea de que haya que arreglar cosa alguna por este mundo. Todo lo supo-

ne arreglado providencialmente, y cuando llegue su hora, cerrará los ojos, en la seguridad absoluta de que alguien le arreglará también su vida en la otra vida. Y en ella es natural ese convencimiento. De niña, los abuelos cuidaron de que no le faltara nada: se casó muy joven y fué muy feliz. No ha tenido más disgustos que las enfermedades suyas ó de los suyos, y no sospecha siquiera lo que es un desengaño, una felonía ó una privación. Nuestro padre le daba anualmente unas quince mil pesetas, y como esa cantidad no le ha faltado ni se ha retrasado un solo día, mamá se figura que en el libro celestial de los destinos humanos hay una línea que dice: «Doña Anunciación Sandoval de Ximénez, sesenta mil reales de renta...» Y aun cuando los recibe de la fábrica, quizás piense que la fábrica no es más que el intermediario entre ella y los ángeles encargados de esta cuenta corriente celestial...

Anun. Fácil es que continúe creyéndoselo.

Agus. Esa es nuestra obligación. Pero no olvidemos nunca que la fuerza está en ir unidos.

Clem. Por ahora...

Agus. De ahora se habla. No olvidemos tampoco que esas ganancias no se pueden capitalizar como la renta de una casa ó del papel del Estado. No es un millón de pesetas que al tres ó al cuatro dan lo que dan, sino cuarenta y tantos mil duros que con suerte y con trabajo dan el diez ó el doce por ciento. Vendida la fábrica para llegar á las partijas es una pequeñez á cada uno: conservándonos unidos y explotándola juntos es un buen negocio para todos.

Anuncia ¡Pues unidos!

Agus. Para eso, lo primero es que uno de nosotros se encargue de la Dirección que tenía nuestro pobre padre. Yo no puedo porque llevo otro rumbo y sería una locura tirar por la ventana el porvenir espléndido que se me presenta.

Clem. ¿Y quién va á ser?...

Agus. ¿Cómo quién va á ser? ¡tú! No tienes carre-

ra ni la has querido tener: se te presenta una ocasión magnífica de ganarte un buen sueldo, además de tu participación...

Clem. Pero yo no entiendo el negocio.

Agus. En un par de años te pones al corriente. Mientras, Echevarrieta te ayuda y te enseña.

Clem. ¡Ca, hombre! ¿Voy yo á encerrarme ahí para toda la vida? ¿Te figuras tú que yo he nacido para teñir sedas y empaquetar lanas?... ¡Vamos!

Agus. No sé para lo que tú habrás nacido. Ahora, lo que no creo es que al venir tú al mundo hubieran encargado ninguna especialidad...

Clem. Yo tengo otras aspiraciones. ¿No las tienes tú?... Pues de la misma pasta somos.

Agus. (Riendo compasivamente.) En la fábrica de pastas estás equivocado... Yo que tengo una carrera, puedo decir que quiero continuar en mi carrera, pero tú, que no eres nada, ni quieres ser nada, no tienes derecho para negarte á lo único que puedes aceptar.

Clem. Aun estoy á tiempo...

Agus. Bien. Buscaremos un director. Un sueldo más, un ingreso menos, y un albur á correr. ¡Qué remedio! (Levantándose.)

Anuncia ¡Ay, si yo fuera hombre!

Agus. O si lo fuera Clemente.

Clem. ¡Agustín!

Agus. Eres un chiquillo. Espero que aún lo pensarás...

Clem. Ya está pensado hace mucho. El mismo Echavarrieta no podía encargarse...

Agus. Ni pensar en ello. El administrador es un hombre honrado, muy afecto á nosotros y que lleva admirablemente la contabilidad sencillísima de la fábrica, pero fuera de ahí no sirve para nada, y además ni el tipo, ni el genio, ni las brusquedades suyas son compatibles con un puesto como ese. Echevarrieta es un Terranova que sabe contabilidad. No se le puede pedir más.

Clem. Pues yo no voy...

Agus. Decididamente... ¿no?

Clem. Decididamente, no.

Agus. Buscaremos el director.

Clem. ¿Quieres hablar de algo más?...
Agus. No.
(Mutis Clemente por derecha.)

ESCENA X

AGUSTÍN y ANUNCIA

Anuncia Ya me dijo él á mí en varias ocasiones que no estaba dispuesto á ecclavizarse en la fábrica.
Agus. ¿Y tú que le has respondido?...
Anuncia Realmente; que si tiene otro afán y otra aspiración...
Agus. Y el otro afán... ¿cual es?
Anuncia Aun no lo ha pensado...
Agus. Pues que lo piense con toda calma y cuando termine que nos lo diga, si acaso vivimos para entonces.
Anuncia Clemente es muy joven.,.
Agus. Para Capitán General ó para decano del Colegio de Notarios, muchísimo: ahora, para empezar con los palotes lo encuentro ya bastante zancudo y no hay temor de que se nos encanije por que lo hagamos estudiar.
Anuncia ¡Eres un exagerado!
Agus. Tú acertaste con lo que soy.
Anuncia Y yo creo... que Clemente...
Agus. (Atajándola.) No sigas. Difícilmente se te ocurrirá algo más definitivo para terminar una conversación.
Anuncia Pero...
Agus. Vete, vete. Ya echaste la llave al arca de la familia.
Anuncia (Riendo.) Pues adiós, gruñón. (Mutis Anuncia por derecha.)
Agus. Si no fueran los míos reiría de mejor gana por este cándido desconocimiento de la vida que tienen todos ellos... ¡pero son los míos y hay que ampararlos! (Queda un momento pensativo.)

ESCENA XI

AGUSTÍN y SACRAMENTO, por izquierda

Sac. ¿Te molesto?... (Al ademán negativo, avanza tímidamente.) Vengo á pedirte que me perdones aquella tontada de antes... (Agustín la pregunta por señas y sonriendo, si es la de las lágrimas, y por señas y sonriendo también, Sacramento responde que sí.)

Agus. Si es menester que lo diga, lo diré: perdonada.

Sac. ¿De todo corazón?

Agus. De todo corazón.

Sac. (Enseñándole la misma golosina, envuelta en un papel, que antes cogió y dejó Agustin.) ¿Entonces?...

Agus. ¿Qué es eso?

Sac. ¿Quieres partirlo conmigo?

Agus. (Riendo.) ¿El dulce de antes?...

Sac. Para que no te imaginaras que fué desaire...

Agus. (Guardándoselo.) Después. Vamos ahora primero al acíbar. Siéntate ahí... y cuidadito con lo que se responde, que á mí me gusta la gente muy sincera y muy leal. (Se sienta.) Y no pongas esos ojos de espanto, que no he venido de ogro ni voy á comerme nada.

Sac. (Con timidez.) ¿Ni el dulce?...

Agus. El dulce sí; luego.

Sac. Bueno. Pregunta.

Agus. Vamos á ver. Aunque en mis cuentas no son los años la cuenta mayor, comparado contigo soy muy viejo.

Sac. Y muy sabio.

Agus. Tambien comparado contigo.

Sac. (Riendo.) ¡Conmigo vaya una gracia! Ayer fuí á confesarme, como todos los sábados, y el señor cura me impuso tres Avemarías por los pecados y seis Avemarías por lo tonta.

Agus. ¡Bien, mujer! Pero eso no debías decirlo tú.

Sac. ¡Para lo que me sirve el callarlo!... Por lo visto la tontería mía es de las menos disimuladas...

Agus. Ya habrá á quien no se lo parezcas.

Sac. En el pueblo, no.

Agus. Si en Villalinda no te aprecian, por eso no te apures: cualquier día aparecerá un noble señor de otra ciudad ó un príncipe de otro reino...

Sac. ¡Eso sí que me gustaría!

Agus. (Riéndose.) Lo creo.

Sac. (Cortada.) ¿He dicho una bobada?... Bueno, pues ya lo sé; el sábado, una Avemaría más...

Agus. Era algo de broma, sí, pero en ella iba yo buscando el averiguar algo muy serio. Sueñas con marcharte de aquí; luego, aquí, no eres dichosa.

Sac. ¡Y por qué no he de serlo!

Agus. Eso quiero que me digas. (Sacramento se entristece y Agustín, llamándola: ¡Sacra! le hace seña de que no se permite llorar.)

Sac. ¡Sería ofender á Dios si me quejara! Tu madre, es una madre para mí; Anuncia y Clemente, son como hermanos.

Agus. ¿Pero te hacen rabiar?...

Sac. Como hermanos, ¡claro!

Agus. Vaya un ¡claro! para honrar á las familias. ¿Y mamá no interviene?

Sac. Y me da siempre la razón á mí. Como es tan buena, comprende de sobra que yo soy quien más la necesito.

Agus. Si no tienes quejas ni estás retenida contra tu voluntad... ¿por qué esas lágrimas?... ¿Por qué, Sacra? (Imperioso.) ¿Por qué?...

Sac. Si no me miras, te diré una cosa...

Agus. (Riendo, cierra los ojos.) Dila.

Sac. Vuelve la cabeza... para que no hagas trampas y me mires con el rabillo del ojo.

Agus. (Sacando su pañuelo.) Véndame, y si viene alguien diremos que íbamos á jugar á la gallina ciega.

Sac. ¡Con un catedrático!... (Riendo.) Y que me parece que tú has de jugar muy mal.

Agus. Muchas gracias.

Sac. (Desconcertada.) ¡Ay!... ¿te ofendiste?

Agus. (Riendo.) ¡No, mujer! Tengo pocos orgullos, y esos pocos no están en los juegos de salon. Venga el secreto.

Sac. Vuelve la cabeza. (Agustín obedece.) Tú sabes que desde muy pequeña me quedé sola en

el mundo: tus padres tuvieron lástima de aquella sobrina sin amparo, de aquél pajarito que se cayera del nido... y me recogieron. (Con ternura pero sin declamrarlo.) Dios se lo pague...

Agus. (Mirándola.) Y tú ya lo vas pagando...

Sac. ¡No mires!

Agus. (Riéndose.) Déjame...

Sac. ¡No! (Va á colocarse detrás de la butaca en que está sentado Agustín, obligándole á que mire hacia el frente sin permitirle que pueda volver la cabeza.) Era muy niña y aun pasaron dos ó tres años sin comprender todo el alcance de mi soledad y del favor inmenso de tus padres. Cuando lo comprendí, me consagré á quereros y á serviros en lo poquísimo que yo valgo.

Agus. (Sin volverse, coge una mano de Sacramento y le da una palmada afectuosa y tierna.) ¡Tonta!

Sac. Cayó enfermo tu padre... y Dios no me hizo caso, que si no le salvamos. Yo ya me lo temía; ¿qué han de valer mis rezos allá arriba, en donde pedirán tanto los que son doctores y son mártires y son Papas?...

Agus. (Serio.) Son Papas, sí!..

Sac. Después vinieron tus oposiciones y ya Dios me hizo un poquito de caso, porque fuí yo quien le pedí que te tocaran buenas lecciones en los exámenes.

Agus. Es posible...

Sac. Hago cuanto puedo para no ser una ingrata. Tu madre es como una madre... (En voz baja.) pero no es mi madre, Agustín: tus hermanos son muy cariñosos conmigo... pero no son mis hermanos: en ninguna parte podría estar mejor, ni igual siquiera, que lo estoy en vuestra casa... ¡pero no es mi casa, Agustín!

Agus. (Atrayéndola, se levanta y la abraza.) ¡Ven acá, tonta y más que tonta! Síguelo pensando; ya que no hemos tenido la suerte de merecer tu cariño completo. Pero desde hoy, en castigo, te querremos más aún...

Sac. ¡Agustín!... A nadie se lo he dicho, pero si no lo digo creo que me muero... y ahora, es como si me hubieran quitado una montaña de encima.

Agus. Vete... y ojalá que pronto vuelvas para decirme: Agustín, tu madre es mi madre, vuestra casa es mi casa, y ya no miro yo por la ventana con ansia de que llegue un noble señor de otra ciudad ó un Príncipe de otro reino para llevarme de aquí...

Sac. Te lo diré...

Agus. Ojalá. Vete...

Sac. ¿Pero quedas enfadado?...

Agus. Un poco. Vete, Sacra.

(Sacramento va marchando lentamente y como si quisiera todavía decir algo. Agustín se mete las manos en los bolsillos con un gesto del que aparta una niñería; se encuentra el dulce, lo saca, lo parte por mitad y se come una, dejando la otra, envuelta, sobre la mesa. Sacramento lo mira, sonríe, va acercándose de puntillas á la mesa y coge la otra mitad del dulce. Agustín la ve y se echa á reir: ella, riendo todavía, se come el dulce y mutis por derecha.)

ESCENA XII

AGUSTÍN: JUANA por izquierda

Juana (Acercándose y con gran misterio.) Señorito... le gusta á usted la pimienta?

Agus. (Imitándola en el misterio y asegurándose de que nadie lo oye.) Según donde la pongas...

Juana Porque la señora no consiente que eche much, pero si á usted le gusta cargaremos la mano.

Agus. No, no; pero lo agradezco. (Mutis por izquierda después que haya entrado Florentino.)

ESCENA XIII

AGUSTÍN y FLORENTINO por izquierda

Flor. ¿Don Agustín Ximénez?

Agus. ¡Don Florentino!

Flor. ¿El señor catedrático de Anatomía de la Real Facultad de San Carlos permite que le felicite un humildísimo colega, el pobre médico titular de Villalinda...?

Agus. Primero un abrazo.

Flor. Y de los fuertes.

Agus. (Haciéndolo sentar.) ¿Que tal vamos, don Florentino?

Flor. Matando... digo, pasando. Agustín, pasando. Ya quise verte ayer, pero no me dejaron volver al pueblo hasta las tantas de la noche.

Agus. ¿Algún enfermo?

Flor. No; con los enfermos se despacha pronto: son los sanos los que no le dejan á uno terminar las visitas. Y total no era nada: una fiebre gástrica de aquel animalote de Juanón el de los molinos.

Agus. Me dijeron que se había quedado cojo de un golpe.

Flor. No: el golpe fué en una mano.

Agus. No importa: en Juanón eso es cojera.

Flor. Quizás... Y tú, ¿qué? ¿Estarás loco de contento?

Agus. Naturalmente.

Flor. ¡Qué porvenir tienes, muchacho! ¡Es para desvanecerse!...

Agus. Ya procuro dominarme, que si me dejara llevar del impulso, brincaría como un chicuelo.

Flor. Con motivo. Dicen que yo no soy torpe... y gano tres mil realitos anuales de igualas, tú que empiezas con tres mil pesetas, y quinquenios, ¡qué talento no tendrás!

Agus. Eso no es lógica.

Flor. Sí, sí; lógica de cliente. ¡Ya verás cómo acuden á tu consulta!

Agus. En ello confío, y tal vez dentro de diez ó doce años pueda tener una posición sólida.

Flor. Y una fortuna. Poco sospecharás la alegría que tuve cuando se recibió el telegrama comunicándonos que ibas en el primer lugar de la terna! Por tí no hay que decirlo, pero muchísimo porque rabiaran los que te negaban capacidad y entendimiento para llevarte la cátedra. Eso sí, después del telegrama todos reconocían que eres una eminencia, un sabio, una gloria...

Agus. Sí, ya sé que estuve á dos dedos de ser declarado monumento nacional. Y anoche el señor alcalde, en un discursito conmovedor,

me dijo que el Ayuntamiento había acordado, ahora, dar mi nombre á una calle y cuando yo me muera, encabezar la suscripción para mi estatua.

Flor. Es de agradecer.

Agus. Y se lo he agradecido, aunque me tomé la libertad de insinuarle que no tuviera prisa en lo de la suscripción.

Flor. ¡No te quejarás del aura popular,... Y en casa, es una veneración lo que hay por tí. Cuando recibió la noticia, tu madre rezaba de gusto... tus hermanos andan un si es no es desconcertados porque no se acostumbran á reconocer como eminencia á un pariente tan próximo... y la primita Sacramento, que se espantó al anuncio de tu llegada, quiso marcharse de aquí no sé para qué... y al fin decidió ponerse lo más guapa posible, sí sé para qué...

Agus. ¿Tratan mal á Sacra?

Flor. No, hombre; ¡qué disparate! Ahora lo que sí la tratan es en confianza.

Agus. A ver si es peor, don Florentino.

Flor. Y como ella es una sensitiva, y está aquí en la situación espinosa de las personas recogidas por caridad, siempre cree que estorba y algunas veces piensa que pretenden zaherirla. Pero no hay nada de eso: al contrario. Te advierto que ella es quien lleva todo el peso de la casa.

Agus. Me dolería sobremanera que mis hermanos fueran crueles...

Flor. Nada, nada: tranquilízate. Hay paz en el hogar. La única desdicha es que tu padre no haya vivido un poco más para presenciar el triunfo.

ESCENA XIV

DICHOS: el PADRE EUSEBIO por izquierda

P. Eus. Buenos días.

Flor. Ahí viene el mejor enemigo que yo tengo. (Abrazándolo cordialmente.) ¿Y ese catarro, Pater?...

P. Eus. (Saca un portamonedas de cuero, viejo.) Le aposté una peseta á que no me curaba, y por contradecirme, que es su manía, me curó.

Flor. Guárdesela.

P. Eus. No; lo perdido es debido.

Flor. Pues como yo no la he de tomar, mañana, saque del purgatorio un alma de á peseta...

P. Eus. Don Florentino, don Florentino, ¿para qué hace cosas buenas y dice cosas malas?

Agus. ¿Siguen ustedes peleándose?

P. Eus. (Sonriendo.) Hasta que reconozca la superioridad del ministerio que yo ejerzo y confiese que yo soy más útil que él para la humanidad, batallaremos sin tregua... y hasta ahora voy venciendo.

Flor. Porque plantea usted la cuestión de un modo capcioso.

P. Eus. Tú juzgarás. Yo digo que todas las profesiones, todos los oficios y todas las maneras de vivir honradamente y de hacer bien á nuestros semejantes, son igualmente meritorias. Y añado que dentro de ese mérito equivalente hay un puntito más á favor del bien que yo hago sobre el bien que hace el Doctor.

Agus. Son tan distintos que no hay paridad.

P. Eus. Evidente; en ese terreno no había pelea. Lo que discutimos es quien consigue mayores resultados.

Flor. Ahí empieza, ahí empieza.

P. Eus. Sin meternos nunca en la diversidad de fines de uno y de otro, es lo cierto que los dos nos dedicamos á salvar gentes. El que más salve, más útil es. ¿Quién salva más, él ó yo?

Agus. Ya veo lo que es.

Flor. Y ahí está lo capcioso, porque á mí me cuenta solamente los enfermos que se curan.

Agus. Y como á don Eusebio no hay modo de echarle la cuenta de los que por él se salvan ó no, si se los adjudica todos...

Flor. (Desesperado.) ¡Todos!

P. Eus. (Riendo.) Todos...

Agus. Es natural que ha de ganarle.

P. Eus. (Riendo.) Ande, don Florentino, humíllese de una vez y reconozca su error.

Flor. No...

P. Eus. Y aunque llegáramos á cotejar el balance y me venciera usted en el número ¿qué comparación puede haber entre miles de miles de salvaciones temporales y una sola salvación eterna?

Agus. Tiene razón don Eusebio.

Flor. ¿Tú le das la razón?

Agus. Absoluta.

Flor. Si es por cortesía...

Agus. Y por convencimiento.

Flor. ¿Y tú eres catedrático de Anatomía? ¿De Anatomía, Agustín?

Agus. ¡De Anatomía, don Florentino!

Flor. Y crees en algo más que en los huesos y en la carne...

Agus. Claro que creo. Si no hubiera más que eso, ¿quién sería capaz de abnegaciones y de sacrificios? Y lo somos todos.

Flor. Yo no.

P. Eus. Aún no hace ocho días que se quedó usted velando en la montaña.

Flor. Porque el enfermo estaba sólo y era mi deber...

Agus. No, por el nombre no discutamos. Usted le llama deber, el Padre le llama caridad, yo le llamo amor, y todo es lo mismo y todo se parece á lo que muchos llaman alma.

Flor. Alma... ¡bueno!

Agus. Y además hace mucha falta que la haya, don Florentino. Si en mi madre no hubiera más que los huesos y los tendones y las fibras musculares, y los átomos de hierro y de fósforo que he visto y he aprendido en los cursos de Anatomía, eso, eso puede que fuera una mujer, pero eso, eso no es mi madre.

P. Eus. Si tú supieras lo que me regocija oirte...

Flor. En el terreno sentimental, concedo, concedo.

ESCENA XV

DICHOS y ECHEVARRIETA por izquierda

Echev. ¿Dan permiso?

Agus. Pasa, Echevarrieta, pasa. Celebro que ven-

gas en este momento porque cortas una conversación que se remontaba en demasía.

Echev. ¿De estos? Sería la de siempre: que si la existencia del alma, que si la existencia del cuerpo... pero como yo no creo en nada de eso...

Agus. ¿Tú no crees en la existencia del cuerpo?

Echev. (Riéndose.) Del cuerpo claro que sí.

Flor. Has dicho que no.

Echev. (Desconcertado.) Pues no sé cómo habrá sido el decirlo .. ustedes dispensen si metí la pata.

Agus. ¿Qué traes por aquí? Habíamos convenido en ir á tu despacho hoy por la tarde.

Echev. Eso es. Y de paso á que hablemos una miaja.

Agus. ¿Hay alguna novedad?

Echev. Todas son novedades para el que no las sabe.

Agus. Cierto. ¿Qué ocurre?

Echev. Pues ocurre... Mire usted, don Agustín, ¿quiere usted que vayamos subiendo las escaleras una á una?

Agus. Sí, hombre.

Echev. Entonces, con el permiso de usted, nos sentaremos para irlas subiendo más descansados. Estos señores son los albaceas testamentarios.

Agus. Ya, ya.

Echev. Y como á veces tienen buen sentido...

P. Eus. A veces... y gracias.

Echev. Pues les he dicho que vinieran también.

Flor. No sabemos si no el deseo de que nos reuniéramos.

Echev. Vamos con el principio. Su mamá de usted, don Agustín, es un ángel, una santa y una señora; pero su mamá de usted, don Agustín, cuando no está en Babia está en el Limbo.

P. Eus. (Reprendiéndole.) ¡Echevarrieta... Echevarrieta!

Agus. Comprendo bien lo que tú quisiste decir.

Echev. Miren ustedes... ó me entienden ustedes por la intención ó me callo, que cada uno dice las cosas como puede, y las barbaridades no son tan grandes si no hay un amigo cerca que se vaya encargando de avisar que son barbaridades.

Agus. Es verdad.

Echev. Y como ustedes no van á dudar de que yo quiero á don Agustín y á los suyos, y de que yo les soy fiel, pues lo demás sobra. Así es que de todo lo que diga me hacen ustedes el favor de ir recogiendo lo que haya de verdad y me dejan ustedes quieta la salsa.

Agus. Respetaremos tu salsa. Habla.

Echev. Bueno. Pues á la madre no hay que arrimarse para los asuntos: esa es mi idea. La chica... ponga usted cinco céntimos de persona y deme usted la vuelta. Y el chico... el chico, no porque sea hermano de usted, pero no le fío ni esa vuelta de los cinco céntimos.

P. Eus. Eso es acusarlo de maldad. Repórtese usted, amigo Echevarrieta.

Echev. Vamos á poner que no es maldad, para darle á usted gusto... pero el niño ya fué á mi oficina á decir que era el amo. Yo le contesté que bueno, que trabajara como amo, y á eso dijo que nones, que él no entendía así la propiedad. Resumen, que no hay más que usted, don Agustín, para ponerse al frente del negocio.

Agus. Yo no puedo.

Flor. ¿Está usted loco? Va á tirar la cátedra y el porvenir seguro que se ha ganado?

Echev. Yo empecé de obrero, llegué á contramaestre y ahora soy administrador. Mi opinión no es gran cosa, pero mi opinión es que en las carreras hay mucha fantasía: que todos se quieren comer el mundo al empezarlas, y luego, con la mayor parte, no hay ni para comer la familia.

Agus. Quizás sí, pero á mí no me conviene...

Echev. Yo no digo lo que le conviene á usted, don Agustín; digo lo que le conviene á la fábrica. Y como no hay más que eso de fortuna, si eso se va al diablo...

P. Eus. ¡Echevarrieta!...

Echev. ¡Pues el Padre Eusebio dirá lo que se hace con el diablo!... ¡Piénselo, don Agustín! En esta casa no hay más que usted. ¡Bien lo sabía su pobre padre! (Señalando al retrato.) ¡Ay, si el pobre levantara la cabeza!...

Agus. Pero ese no es mi padre, Echevarrieta.

Echev. ¿Cómo que no?

Agus. No. Es San Nicasio ó San Eduardo.

Echev. ¡Caray! ¡Y yo que me pasé veinte años apreciándolo!

Agus. Pues sigue apreciándolo, pero no como de la familia.

Echev. Confieso que no lo había mirado mucho, pero como está en el sitio de honor...

Flor. Por el marco, que es de talla y magnífico...

Echev. La razón del marco... ¡bueno! Volvamos al asunto.

Agus. Volvamos. ¿Por qué he de sacrificarme yo innecesariamente? ¿El negocio marcha bien?

Echev. Usted lo dice...

Agus. La maquinaria es nueva.

Echev. Y la hipoteca también.

Agus. ¡¡Hipotecada!!

Echev. Si no se paga el capital en ocho años, arramblan con máquinas y con fábrica. En cambio, si se paga, después son seis mil duritos limpios de polvo y paja.

Agus. Yo ganaré en Madrid para cancelarla.

Echev. ¿En cuanto tiempo? ¿Un año?

Agus. Más.

Echev. ¿Dos?

Agus. ¿Yo que sé..? Depende de mi suerte, de la clientela..

Echev. ¡Malo, malo! ¿Y por eso tan dudoso va usted á dejar que se pierda un negocio tan saneado? Me parece una grandísima burrada!

P. Eus. ¡Echevarrieta!

Agus. Es de la salsa...

Echev. Si con orden salíamos ras con ras, con desbarajuste y sin que nadie mande... despídase usted de la fábrica.

Agus. (Levantándose.) ¡Echevarrieta!

Echev. Y si á usted no le preocupa, que se despidan su madre y sus hermanos de usted.

Agus. Tú agrandas el peligro. Hasta hoy no hubo dificultad seria y no hemos tenido ni una merma.

Echev. Pare usted el carro, don Agustín. Es verdad que en la casa no se rebajó una peseta, es verdad que la pensión de usted se ha mandado cabal y á su fecha... ¿pero usted sabe

que se despidieron veinte operarios, que yo no cobro más que la mitad del sueldo hace tres años y que su padre de usted se dejó allí la vida...?

Agus. ¿Es verdad eso?

Echev. Parte de la verdad.

Agus. ¿Parte? ¿Aun hay más?

Echev. (Se desabrocha el chaleco y del bolsillo interior saca un puñado de papeles, que desdobla y deja caer al suelo lentamente, hasta dar con la carta.) Lea.

Agus. (Con espanto, pero sin gritos.) ¿De mi padre...? (Se queda mirándola, con manifiesto terror para abrirla.)

Echev. Mas de un año lleva escrita, en un momento de apuros y cuando le dió al pobre el primer ataque, pero nunca me dejó que se la enviase con la esperanza de salir adelante y evitarle á usted el disgustazo... «ya podré yo solo... ya podré yo solo...» ¡y no pudo! La víspera de morir, sin habla casi, me dijo: «La carta... la carta...» Y ahí está: lea, don Agustín.

Agus. (Mientras lee y entrecortando, como si fueran comentarios á la lectura.) ¡No... no... no...! ¡no hay justicia ni razón para mandarme esto...! ¡no... no! (Entrega la carta al cura y en tanto que éste lee pasea diciendo: ¡no, no, no!)

Echev. Usted verá...

P. Eus. (Leyendo.) «Hijo mío: he luchado hasta el último momento defendiendo vuestra fortuna, pero me faltan las fuerzas físicas y no podré terminar mi labor. Tú eres el único para sustituirme y para evitar una vejez dolorosa á tu madre y á tus hermanos. Si algo vale mi ruego te suplico, por amor mío, que te pongas al frente de la fábrica...»

Flor. Eso no puede ser.

Agus. No, no puede ser.

Flor. Sería insensato que no recogieras el fruto de tus estudios.

Agus. ¿Renunciar á mi carrera? ¡No, y no, y no! (Se queda parado delante del cura, intsrrogándolo.)

P. Eus. Tu conciencia te lo ha de decir; siguiendo tu rumbo, bien harás... obedeciendo á tu padre, bien harás... pero entre esos dos bienes tú solo has de elegir el bien mayor.

Agus. Los ayudaré cuanto pueda, sacrificándome cuanto sea preciso; pero seguiré mi rumbo, el mío.

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA ANUNCIACIÓN, CLEMENTE, ANUNCIA y SACRAMENTO, por derecha

Echev. Usted verá...

Anun. ¿Qué pasa?

(El cura le entrega la carta; Agustín, rápido, se la quita de las manos.)

Agus. No.

Anun. Sí. Dame esa carta.

P. Eus. Debe saberlo.

(Agustín devuelve la carta; doña Aaunciación lee en voz baja; Anuncia y Clemente leen abrazados á la madre; Sacramento, un poco más distante, mira espantada al grupo y á Agustín, buscando en las caras una explicación.)

Anun. ¿Pero esto no es la ruina...?

P. Eus. No...

Echev. Sí, señora, sí.

Anun. ¿Tú no nos abandonarás...?

Agus. ¿Usted sabe lo que me pide?

Anun. (Echándose á él.) ¡Ay, hijo de mi alma!

Agus. ¡No, no, no puede ser...!

Anuncia (Cogiéndole la mano y besándosela.) ¡Agustín! ¡Agustín!

Agus. ¡No!

Anun. ¡Por la memoria de tu padre!

Agus. ¡Que es mi vida lo que me pedís, mi vida, mis ilusiones, no, no, no!

Anun. ¡Sé buen hijo! (Llorando y besándolo.) ¡Agustín, Agustín!

Anuncia (Arrodillándose y besándole la mano.) ¡Agustín, Agustín! Sálvanos, sálvanos...

Agus. No... (Mira á su madre y á su hermana, y al verlas llorando mira á Florentino y al cura, indeciso y lleno de piedad.)

P. Eus. Dios te bendecirá...

Flor. ¡Que es una locura, una insensatez...!

Anun. ¡Hijo mío, hijo mío, que no tenemos en el

mundo á nadie más que á ti...! ¡Hijo mío... hijo mío... no nos abandones...!

Agus. (Vuelve á mirarlas y sonríe piadoso.) Echevarrieta, á las tres todo el personal en la fábrica.

Flor. ¡Que has de arrepentirte! ¡Piénsalo, piénsalo...!

Agus. Tú me presentarás.

Echev. ¿Como director?

Agus. Sí.

Echev. Bien está.

Anun. (Gozosa.) ¡Hijo, hijo!

Anuncia (Idem.) ¡Qué bueno eres!

Sacra. ¡Qué bueno eres, Agustín...!

Flor. ¡Qué loco!

Agus. Madre, me gustaría más para trabajar el cuarto que da sobre el jardín.

Anun. (Que le escuchaba embelesada, espantándose.) ¡Qué en él murió tu padre! ¡Ese no!

Agus. El padre no ha muerto. Arréglalo para mí...

Flor. ¡Piénsalo, piénsalo!

Agus. (Rechazándolo; sonriendo.) De esto, nada más ya..

Echev. ¡Usted va á ser el padre; pero usted es un tío! ¡Cuente usted con Echevarrieta!

(Doña Anunciación y Anuncia, gozosas; Sacramento, distante, mirando embelesada; Agustín sonriente, pero con un poquito de amargura; Padre Eusebio, encantado y haciendo signos de aprobación; Florentino, asombrado de aquel desatino; Echevarrieta, frotándose las manos de gusto; Clemente va retirándose.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Las ventanas abiertas y las contras entornadas, penetrando por ellas un foco del sol que inunda el patio. En escena más luces y más flores. Es en Julio, por la mañana. Doña Anunciacion, de negro con algún cabo blanco. Las demás, traje de color. Los hombres, trajes claros, de americana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANUNCIACIÓN, SACRAMENTO, ANUNCIA, y CLEMENTE, sentados; JUANA de pie. Están terminando sus rezos

Anun. Por la memoria de vuestro Padre. Padre nuestro, etc. (Todos siguen rezo. Mascullando.) Por los caminantes y navegantes. Padre nuestro, etc. Porque Dios conserve la salud de Agustín y la prosperidad de la casa. Padre nuestro, etc.

Sac. Padre nuestro...

Clem. (Aparte á Sacramento) ¡Y á los demás que nos parta una centella!

Sac. ¡Calla! Que estás en los cielos...

Clem. Qué voy á estar...

Sac. ¡Calla! Santificado sea...

(Termina el rezo. Sacramento, Anuncia y Clemente besan la mano á doña Anunciación; Juana mutis por izquierda.)

Anun. Anuncia, ¿y tu marido?

Anuncia Ahora vendrá á buscarme.

Anun. ¿Seguís tan contentos y tan dichosos?...

Anuncia Sí, señora. Antonio me quiere mucho. ¡Han pasado estos cinco meses de matrimonio en un soplo!

Anun. Cuando yo te dí mi consentimiento es porque tenía la seguridad de que Antonio era un buen muchacho y lo será siempre.

Clem. (A Sacramento.) Mamá no ha hecho nada en su vida, más que ser nuestra mamá, pero está segura de todo.

Sac. ¿Y no es preferible que tenga esa confianza en todo lo bueno?

Clem. ¡Qué ha de ser!

Sac. Contigo bien acertó. Cuando temíamos que tus querellas con Agustín concluyeran malamente, un rayito de luz te ha iluminado, y fuiste formal y juicioso, no exigiéndole ya más cantidades que él no podía darte sin perjudicar los intereses de la fábrica.

Clem. Ya verás el rayito... y ya oirás el truenito.

Sac. ¡No des más disgustos á Agustín, Clemente! Es severo, sí, pero lo es por el bien de todos vosotros.

Clem. Bueno, bueno, no sermonees tú.

Sac. ¿Por qué no quieres bien, pero bien del todo, á tu hermano?...

Clem. ¡Tú me gustas! ¿A él, reverenciarlo, y yo fastidiarme?... ¡Vamos... vamos! .. Agustín es un roñoso: no suelta un cuarto aunque lo abrasen. Eso sí, la mensualidad cabal y exacta... pero después, Dios no ve un ochavo!

Sac. Tiene muchas obligaciones.

Clem. Tendrá. Pero llevamos cuatro años de una tacañería irritante. ¡Esto no es vivir!

Sac. No te quejes tú, que de seis días pasas cinco en Madrid...

Clem. Yo... yo soy yo.

Sac. Eso no creo que te lo niegue nadie.

Clem. Y yo me entiendo.

Anun. ¿Habéis mandado á buscar al carpintero? Que ya os lo he dicho dos veces.

Sac. Ha venido ya. Y pide sesenta duros por echar las tablas nuevas.

Anun. ¿Sesenta duros? ¡Ni pensarlo! Ya tirarán los pisos unos añitos más.

Clem. (A Sacramento.) ¡Mamá me gusta! Que venga el albañil, que venga el carpintero, que venga el electricista, y en cuanto vienen y piden un duro, que se vaya el electricista, que se vaya el carpintero... ¡Eso no es formal!

Sac. Piden mucho y no se puede.

Clem. ¿Piden?... Pedir es una torpeza; ya lo sé... (Da media vuelta y mutis por derecha.)

ESCENA II

DICHOS y DON FLORENTINO por izquierda

Flor. Felices.

Anun. Hola, doctor.

Flor. Fuí al despacho con intención de que saliéramos juntos, pero hubo que desistir. Echevarrieta y Agustín se han metido en números y no hacen caso de nadie...

Sac. Hoy es día de pago á los obreros.

Flor. Ya habían pagado.

Sac. No se retrasa nunca.

Flor. Nunca. Y la gente erre que erre en que aquello va mal.

Sac. Eso quisieran algunos para echarles la garra á la fábrica...

Anun. Va muy bien. Como debe ir y como Dios ha dispuesto que vaya.

Flor. ¡Qué labor ha hecho Agustín en estos cuatro años! ¡Maravillosa!

Sac. ¡Enorme! Yo creí que no iba á desenvolverse, pero me voy persuadiendo de que no hay como los médicos para dirigir una fábrica...

Flor. Aunque lo diga usted en broma, Sacrita. Los médicos servimos para todo: creo yo que hasta para curar... Y ustedes perdonen si les parece que exagero.

Anun. ¿No curan ustedes?... ¡Esto me faltaba por ver en el mundo.

Anuncia ¡Quién lo diría de Agustín!...

Flor. Declaro que me engañé. Cuidado que yo le aconsejaba que tomase posesión de la cátedra y pidiera luego la excedencia, pero el

hombre es muy hombre y me dijo que no resueltamente; y no tomó posesión, y se perdió la cátedra, y fué un grandísimo disparate... que ha resultado muy bien.

Sac. Pero lo ha trabajado...

Flor. ¿Que si lo ha trabajado?... Ahora ya está repuesto, pero hubo una temporada, entre las desazones, los nervios, la morfina y los disgustos de Clemente, que se nos quedó como una oblea, y por poco, por muy poco, doña Anunciación, nos quedamos sin la oblea también.

Anun. Pero yo recé tanto...

Flor. Eso es: usted rezó tanto, yo rece...té tanto... y él es tan duro y tan fuerte que gracias á los rezos de usted y á pesar de las recetas mías, se ha salvado.

Sac. Agustín lo merece, que es muy bueno.

Flor. No tiene un vicio, ni gasta en sí una peseta.

Anuncia Ni la deja gastar. Fué un bochorno la miseria con que se celebró mi boda...

Flor. No tiene usted razón, Anuncia: en la boda no hubo lujos, pero no ha habido miseria. Y particularmente para usted, hubo lo que supongo que usted desearía más...

Anuncia ¿El qué?

Flor. El novio.

Anuncia (Dedeñosa.) ¡Bah!...

Flor. Si en ello se ha escatimado, no le eche usted la culpa á Agustín.

Anun. Calle, calle. Y oiga, doctor... (Llevándoselo aparte.) ¿No encuentra usted que Anuncia está algo pálida?

Flor. Déjela estar..

Anun. Pero fíjese, hágame el favor.

Flor. Déjela estar. Si lo es, ya llorará.

Anun. ¿La pobre Anuncia?

Flor. No, Anuncia, no; lo que sea, ya llorará, y nos enteraremos.

Anun. ¡Qué descastado es!...

Flor. Señora, yo sirvo en la estación de llegada y no en las de tránsito. Cuando llegue, avisen.

ESCENA III

DICHOS y ECHEVARRIETA por la izquierda

Echev. ¿Se puede? Abajo queda el patrón, que lo pescaron en la puerta unos señores, y yo aligeré porque tengo que dar tres noticias. Primera: que hoy almuerzo aquí yo.

Sac. ¡Bendito sea Dios que acepta usted una vez!

Echev. Lo mejor es que me convidé yo mismo. Segundo: que nada de verduritas, doña Anunciación...

Anun. Bueno, hombre.

Echev. Y tercera: que el patrón y yo y todo el que quiera, tomaremos una copita de cogñac.

Flor. ¿Qué ocurre para ese festín?...

Echev. Pues otras tres noticias.

Flor. Van de tres en tres...

Echev. Como los matrimonios de París... Bueno. Primera: que el lunes me largo á Madrid. Segunda: que el lunes pagamos, en contante y sonante, la mitad de la cochina hipoteca.

Anun. ¡Echevarrieta!

Echev. Y tercera: que nos quieren comprar la fábrica y no nos da la santísima gana de venderla.

Anun. ¡¡Echevarrieta!!

Echev. No me llame usted más, que ya estoy aquí.

Sac. Quiere decir que se va muy bien, ¿eh?

Echev. Muy bien. Tenemos ahorrado en cuatro años treinta y cinco mil pesetas como treinta y cinco mil soles, que es la mitad cabal de la hipoteca, y que el lunes la rebajamos. La otra mitad en tres añitcs fuera. ¡Ahora sí, rebañar se ha rebañado hasta las cejas! El sueldo del director de los cuatro años, ahí se va: la mitad del mío, ahí se va. Con mi buen recibo, claro, y ya me lo cobraré. Lo primero es doña fábrica. Y el que pida dos cincuenta para gollerías, ¡fusilado!

Sac. ¡No sabe usted el alegrón que me da, Echevarrieta!

Echev. Pues á demostrarlo en el almuerzo, que esa es la seriedad de una mujercita de su casa.

Sac. Voy, voy... (Mutis por izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, menos SACRAMENTO

Anuncia ¿Y dice usted que hacen proposiciones de compra?...

Echev. Como si hicieran gárgaras. El patrón y yo decimos que no se vende: y aunque lo diga el patrón, no lo digo yo, y no se vende.

Anuncia ¿Es de usted?...

Echev. ¿Cómo que si es mía? Don Agustín y yo nos pasamos allí la vida defendiendo el negocio como gatos para que todos ustedes se lo disfruten sin un disgusto y usted en cambio se regodea con lo que nosotros trabajamos. ¡Bueno, la fábrica no es mía, no señora... pero lo curioso es que sea de usted!

Anuncia ¿Se puede saber ó no lo que proponen?

Echev. Una indecencia. Veinte mil duros libres para ustedes, pagando él las hipotecas, es lo que ese granuja y ladrón y estafador...

Anun. (Escandalizada una vez más.) ¡Echevarrieta!

Echev. Y usurero, que atiende por Bartolomé Rosales, ha tenido la osadía de ofrecerle á don Agustín por segunda vez ya. Y como en lo de la compra le dimos un bufido, aún vuelve ese granuja, ese asesino...

Anun. ¡¡Echevarrieta!!

Echev. A decirnos que si queremos aumentar el capital, él aportará una cantidad. ¡Métase usted la cantidad...!

Anun.
Anuncia } (A un tiempo.) ¡Echevarrieta!

Echev. Ahora han hecho ustedes bien en avisarme, sí señora. Nos bastamos nosotros para ir adelante, aunque digan y rediganque ni los jornales se pueden pagar, para despreciarnos y que caiga baratita. ¡Pues que se limpien!

Anuncia No digo yo que no valga mucho más, pero

tampoco es una oferta para calificar con tanta dureza al señor Rosales.

Echev. Por los dedos. Veinte: diez para su madre de usted, de gananciales; diez para tres hermanos. A tres mil y pico de duros cada uno, ¿es eso un negocio?

Anuncia Pero llevamos cuatro años sin recibir un céntimo.

Echev. Y tres que han de pasar todavía.

Anuncia Pues á mí no me parece tan disparatado..

Echev. Por algo no dejan administrar á las mujeres... y por algo no me casé yo. Y disimule usted, doña Anunciación, que usted no es una mujer; usted es una santa.

Anun. Pero no me gusta que emplee usted terminachos...

Echev. Ni á mí, señora; pero cuando me acaloro no tropiezo con una palabra bonita ni para un remedio y tampoco sería justo que me quedara sin decir lo que es del caso.

Anun. Haga usted lo posible...

Echev. Ya lo haré... Pero verá usted cómo en la primera vuelven á salir.

Anun. Lo sentiré, porque nosotros le queremos á usted, y ese defectillo, que es el único de usted...

ESCENA V

DICHOS. AGUSTÍN por izquierda

Flor. ¡Ya sé que estás de enhorabuena!

Agus. Sí lo estoy, pero haciéndola extensiva á todos, que si mi madre y mis hermanos no se avinieran á este régimen de tiranía que las circunstancias nos imponen, poco habría podido hacer yo solo. ¿Poco? ¡Nada!

Anun. ¿Pagais el lunes, eh?... (Abrazándolo.)

Agus. El lunes. Y ya con media carga y medios intereses, se respira. Con todo, era abrumador; pero hay que ir escapado á liberar completamente.

Echev. ¡Y vamos!

Agus. (Sonriendo.) Iremos, iremos...

Flor. ¿Quiere usted algo, doña Anunciación?

Anun. Oye, Agustín. Yo necesito hacer unas compras, que no me parece natural que las pague mi marido. Siempre le estoy pidiendo...

Agus. ¿Qué es?...

Anun. Poco...

Agus. Bueno, te lo daré.

Anuncia Unos dos mil reales...

Agus. No, no, no. Creí que hablabas de cinco duros ó de diez... pero una cantidad así no puedo.

Anuncia No me la niegues, Agustín, que me pones en un compromiso.

Agus. En ninguno. Y si lo es realmente, tú te lo habrás buscado. No puedo, te lo repito; pero aunque pudiera... ¿si te lo facilitaba á ti, con qué autoridad lo negaría á mamá y á Clemente? No hay que pensar en eso, Anuncia.

Anuncia (Contrariada.) Bien...

Agus. Vivimos muy decorosamente, pero más allá, ni una línea, en tanto que haya la amenaza de esa hipoteca.

Anuncia Se queda en la mitad.

Agus. ¿Pero cómo se queda en la mitad? ¿Lo sabes?... Pues no insistas, que sería inútil.

Anuncia (Con mal humor.) Adiós, mamá.

Anun. ¿No esperas á tu marido?

Anuncia Ya le encontraré en la calle. Adiós.

Flor. ¿La acompaño?...

Anuncia Bueno. (Sale sin mirar á Agustín y á Echevarrieta por izquierda.)

Echev. Vaya usted con Dios...

Agus. (A Echevarrieta.) ¡Quería dos mil reales!...

Echev. ¡Ah! (Alto.) ¡¡Vaya usted con Dios, vaya!!

Anun. (Saliendo tras de ella.) No corras...

Flor. Por lo visto es paso de ataque... y yo de ataque ya no voy.

Agus. ¿No quiere usted quedarse á almorzar?

Flor. No. Aun he de hacer alguna fechoría con un par de enfermos.

Agus. Cuando yo era médico también gastaba esas bromas. Ahora me guardo mucho de ellas.

Flor. Tú ya no eres del oficio y te entró el terror, ¿eh?...

Agus. Es probable.

Echev. A usted solo, tal cual... pero cuando va usted

con el Padre Eusebio se le ponen á uno los pelos de punta. Verdugo y soga en la mano, son muchos detalles, don Florentino.

Flor. Por si acaso, salud. Buenos días. (Mutis por izquierda.)

Agus. Adiós.

ESCENA VI

ECHEVARRIETA y AGUSTÍN, SACRAMENTO por derecha

Sac. A ver, Echevarrieta.

Agus. Hazle compañía un momento. (Mutis por derecha.)

ESCENA VII

SACRAMENTO y ECHEVARRIETA

Sac. Arroz con guisantes. Y jamón.

Echev. Eso defiende á los guisantes.

Sac. Truchas en escabeche. Una chuleta con patatas fritas, queso, fruta, vino, café y coñac. ¿Qué le parece?

Echev. Serio.

Sac. Y si quiere usted más, pida, que en la casa y en mí hay voluntad por arrobas para complacerle á usted.

Echev. ¡¡Mecachis!!

Sac. ¿Qué es mecachis?

Echev. Me voy á hacer un lío para explicarlo; pero verá usted... usted me tiene buena voluntad.

Sac. Muy buena.

Echev. Usted para mí, doña Sacrita, es cualquier cosa menos una mujer.

Sac. (Un poco molestada.) Hombre, Echevarrieta...

Echev. (Contrariado.) He dicho una de las mías, ¿verdad? Pues le advierto á usted que era un piropo... y por lo visto me salió rana. ¡Es el inconveniente de tener pocas palabras para decir muchas cosas!...

Sac. (Riendo.) No, hombre, no...

Echev. Pues vamos siguiendo... y vamos á ver dónde tropezamos ahora. Yo quería decir que

usted será muy buena, muy guapa, muy lista; pero que yo no veo en usted á una mujer, sino á una hermana... pero una hermana que fuera mi señora.. (Desesperado.) ¡¡No, mi señora no!!... La señora mía y yo su criado.

Sac. (Agradecida.) Un buen amigo...

Echev. ¡A mí con los discursos me pasa como al que lleva por la calle un saco de harina al hombro, que cuando se disculpa con el señor de la derecha ya está manchando al señor de la izquierda! ¡Y lo que me da más rabia es que yo veo las ideas muy claras por dentro de la imaginación, pero cuando salen para fuera ya no son claras, ni ideas, ni demonios!

Sac. Eso importa poco, hablando con quien le aprecia á usted muy de veras, como nosotros.

Echev. Bueno. Pues verá usted las mujeres que me encontraron bien... Usted; para usted y para mí, como si no. Mi madre, que me llamaba guapo: era mi madre, pero no sé yo si se creería eso... Y una señora que me decía... ¡Bueno, lo mismo da lo que me decía!

Sac. ¿Por qué da lo mismo?

Echev. Setenta y dos años... ¿Es razón?

Sac. Lo es.

Echev. Y yo digo: ¡Que no le parezca uno bien más que á quienes no sirven para uno! ¡¡Eso es mecachis!!

Sac. Usted se queja de pocos afectos, y es usted hombre y se las bandea usted solito... pero ¿y yo, Echevarrieta?... ¡¡Si viera usted los miedos de soledad que yo he pasado!!

Echev. ¿Con lo que á usted la quieren aquí?

Sac. Con lo que me quieren, sí, y no por ellos, sino por la fuerza misma de las cosas. Un día desaparecerá doña Anunciación. Anuncia se ha casado, y el marido, muy bueno, pero muy egoísta, no tiene por qué recogerme... Con Clemente no voy á ir... Con Agustín, quedándose solo, no me voy á quedar...

Echev. ¿Por qué?

Sac. (Después de una vacilación.) ¡Mecachis!

Echev. Comprendido.

Sac. Y ese día... ¿qué será de mí, Echevarrieta?

Echev. Don Agustín no la abandonará á usted.

Sac. También él puede faltar... Casarse...

Echev. Prefiero que lo diga usted al revés: casarse y que falte luego.

Sac. Yo le quiero mucho; con adoración...

Echev. Y él á usted.

Sac. Estoy convencida. Y antes de resolver nada que sea definitivo en mi vida tengo que hablar con él.

Echev. Háblele, háblele, que oídos mejor dispuestos no los encontrará usted.

Sac. ¿Verdad?

Echev. Se lo garantizo, que algo sé de ello.

Sac. Si me atreviera, hoy le hablaba.

Echev. Temerle es una injusticia. Y hoy además está satisfecho de los negocios... Háblele, háblele sin temor.

ESCENA VIII

DICHOS; AGUSTIN por derecha

Agus. (A Sacramento.) Hazme el favor de mandar que lleven esa carta.

Echev. La llevaré yo.

Agus. No es de importancia: la muchacha...

Echev. (Aparte á Sacra.) Vuelva en seguidita... ¡Y duro con él! (Sacramento sonríe y mutis por izquierda.)

ESCENA IX

AGUSTIN y ECHEVARRIETA

Agus. Escribí al Notario recordándole que hoy irás á recoger la copia de la escritura para que firmes en nombre de todos nosotros la cancelación.

Echev. ¿Por qué no va usted á Madrid?

Agus. ¿Yo? ¿A divertirme...? No, no. Hasta que termine la obligación sagrada que me impuse, trabajar, y trabajar y trabajar.

Echev. No está mal, que luego queda el negocio sa-

neadito... como un viudo, que es lo más saneado que se conoce...

Agus. Fueron cuatro años duros, ¿eh?

Echev. Ahora ya se le puede decir á usted... Lo que se han burlado los operarios de aquel director que no sabía ni los nombres de los torzales!

Agus. Pues ahora ya te lo puedo decir yo también. ¡Las lágrimas de ira y de rabia que he derramado los primeros tres meses las sabemos Dios y yo!

Echev. Anda, ¡y yo no las he visto...!

Agus. Si las hubiera dejado ver, no lo sabríamos únicamente Dios y yo... pero había que animaros á todos y no podía yo mostrar flaqueza.

Echev. ¿Usted hace memoria del puñetazo aquel al capataz que se rió de usted?

Agus. Y estuvo muy mal.

Echev. ¡Qué iba á estar muy mal! Dos días con la cara hinchada y nada más.

Agus. Que no hiciste bien en castigar lo que yo perdonaba.

Echev. Pues que rece un trisagio, que si entonces sé yo esto de los jipíos de usted, con menos de una docena de zambombazos no se escapa. Y entonces sí que hubiera estado mal, don Agustín.

Agus. Ahora ya no se burlan, que es lo importante.

Echev. Como que le da usted seiscientas mil vueltas al que más sepa del oficio.

Agus. ¡Estoy muy satisfecho! Se ha cumplido con todos los pagos, se ahorró y en la casa veo á todos felices. La madre, como siempre, sin enterarse de donde vienen las bendiciones, pero tranquila, que era mi afán.

Echev. El día que se entere de algo es que nos la han cambiado...

Agus. La hermana, casada y bien casada. Y el hermano parece que ha sentado un poco aquella cabeza loca. No trabaja, pero no estorba y no pide un cuarto. Se contenta buenamente con lo que le doy.

Echev. Que ya es milagro.

Agus. ¡Estoy muy contento, mucho!

Echev. Pues no lo deje de la mano, que las alegrías y los niños se caen en seguida.

Agus. Y te debo á ti grandísima parte de esta satisfacción...

Echev. No empiece usted á aflojarme tornillos de los sensibles... que yo soy muy tierno.

Agus. Como eres, eres mi amigo, y si no fuera por ti bien embarrancado estaba yo.

Echev. ¡Calle! ¡¡Calle!! ¡¡¡Calle!!! ¡¡Maldita sea!! No se me ocurre nada bonito para contestar... ¿A ver si lo arreglamos con un abrazo?

Agus. Eso dice más. (Se abrazan.)

Echev. ¡Ojalá tuviera usted una pulmonía para que viera usted como lo cuidaba yo!

Agus. ... sin embargo, prefiero no tenerla.

Echev. Es un exagerar... pero en los cuidados no. Yo. . y alguien más, que doña Sacrita me ha dicho ahora unas finuras de usted, que eran cosa especial, don Agustín.

Agus. (Pausa.) Sacra es muy buena...

Echev. Sí, señor.

Agus. (Pausa.) Sacra es muy formal...

Echev. Sí, señor.

Agus. (Pausa: como si hablara todo esto consigo mismo.) Sacra es muy merecedora de todos los cariños.

Echev. Sí, señor.

Agus. (Pausa: como si de pronto se decidiera.) Echevarrieta, te voy á confiar un secreto.

Echev. Confíelo...

Agus. ¡Sacra es muy buena!

Echev. ¿Y ese es el secreto? ¡Me lo ha dicho usted antes gratis!

Agus. Oye, oye. Está sola en el mundo...

Echev. Como yo.

Agus. Y me da lástima su porvenir.

Echev. ¿Y de lo otro, (Señalándole al corazón.) del gusanillo?

Agus. También hay algo. Tú ves que nos tratamos con la mayor cordialidad, que se desvive por complacerme, pero, en fin, todo eso puede ser del mismo afecto de hermanos...

Echev. ¡Cuando no se es hermano, ríase usted del afecto de hermano, don Agustín! Yo he sabido dos casos de esos y los dos tuvieron familia á nada de casarse.

Agus. Pero aquí no hubo jamás ni el asomo de una chanza en ese terreno.

Echev. ¡Ya sé yo que usted es un caballero! Lo malo es que precisamente son los caballeros y las señoras los que están en ese peligro.

Agus. El día que la hable la primera palabra será para ir al matrimonio.

Echev. Está bien.

Agus. Es decir... si ella quiere.

Echev. Le voy á dar un bomboncito, don Agustín. Ella tiene que hablar con usted...

Agus. ¿Sí?

Echev. Y usted tiene que hablar con ella. ¡Conque á buscar padrino!

Agus. Tú.

Echev. (Gozoso.) ¿Yo? (Entristecido.) ¿Yo? (Gozoso otra vez) ¿Yo? Mañana me compro una corbata. (Advirtiendo.) Ahí está...

ESCENA X

DICHOS y SACRAMENTO por la izquierda

Sac. Le dije que aguardara, por si tenía contestación.

Agus. Hiciste bien.

Echev. Con su permiso, un minuto...

Agus. ¿Adónde vas?

Echev. Le he dicho á usted que un minuto... y cuando se ha dicho que uno marcha por tan poco tiempo, no se pregunta á dónde, don Agustín, no se pregunta. Se supone.

Agus. Bien, bien. (Riendo: se vuelve de espaldas y saca un pitillo. Echevarrieta le hace señas á Sacramento para que hable; Sacramento no se atreve y va á retirarse, y entonces Echevarrieta la detiene y la empuja hacia Agustín; Agustín mira, y Echevarrieta, haciendo que se despedía, le besa la mano á Sacramento.)

Echev. A los pies de usted.

Agus. Os vais á ver de nuevo inmediatamente. No sé para qué te despides.

Echev. Hay que aprender maneras... no me riña usted por fino. Un minuto... (Mutis por izquierda.) (Sacra queda con los ojos bajos: Agustín la mira y sonríe.)

ESCENA XI

SACRAMENTO y AGUSTIN

Sac. ¿Estás muy ocupado?

Agus. Como no sea ocupación el no hacer nada... (Pausa.) ¿Quieres decirme algo?

Sac. (Va adelantando poco á poco.) Hace muchos días, más de dos meses, que deseo hablarte y no me decido. Temo que no interpretes bien.

Agus. No lo temas.

Sac. Es que voy á decirte algo raro...

Agus. Mejor.

Sac. ¿Y si fuera algo que no debiera decirte?

Agus. Mejor todavía. Y si recibo una prueba de afecto en esa confesión, quizás yo, cuando termines, te diré también lo que probablemente ni sospechas siquiera.

Sac. (Con mucha curiosidad.) ¿Qué es?

Agus. (Sonriendo.) Al final.

Sac. ¿De qué es?

Agus. De todo.

Sac. (Riendo.) ¿De la tierra, del cielo, del Infierno?

Agus. De todo, porque todo eso puede ser, únicamente con ir cambiando la voluntad de quien ha de concederlo.

Sac. Mucho es para adivinar...

Agus. Pues no te canses, ya que al fin has de saberlo. Habla.

Sac. ¿De lo mío? No... Vas á juzgar mal... Hay conversaciones que una mujer no debe iniciar.

Agus. (Cesando de reir, pero muy gozoso.) Cuando la mujer habla, de eso que dices tú que no debe hablar, es que el hombre ha demostrado ya con su conducta que merece tal confianza. Y entonces ella pone primero la palabra, que es lo de menos, y él ha puesto la seguridad, que es lo de más.

Sac. Segura de ti, si...

Agus. Pues habla.

Sac. ¿No habría modo de que tú preguntaras y yo respondiera sin tener que decirlo?

Agus. Va á ser difícil...

Sac. Porque tú no querrás... ¿Tú no aciertas con un máximum de veinte preguntas lo más extraño que se pueda pensar? Yo te he visto acertar con reyes chinos y emperatrices del Mogol...

Agus. Sí, es un juego muy sencillo.

Sac. Pues anda, hombre, que yo no me daré más tono que esas emperatrices...

Agus. Vamos á verlo.

Sac. Ya lo he pensado. Pregunta.

Agus. ¿Sobre tierra ó en agua? (Pensando las preguntas.)

Sac. Sobre tierra.

Agus. ¿En pueblo grande ó pequeño?

Sac. Pequeño.

Agus. Y lo que es, ¿tú lo has visto?

Sac. Sí.

Agus. ¿Persona ó cosa?

Sac. Persona.

Agus. Tú no has salido de Villalinda y lo has visto: luego es una persona que has visto en Villalinda. Van cuatro.

Sac. Cinco.

Agus. (Contando por los dedos.) Sobre tierra, pueblo pequeño, lo has visto y persona, cuatro. Ojo á las mentiras.

Sac. Y tú ojo á los dedos.

Agus. Te consiento que lleves la contabilidad por mi libro. (Le entrega la mano que ella coge.) Cuatro. ¿Esa persona te ha dado algún disgusto?

Sac. Nunca.

Agus. ¿Nunca? Descartado que sea persona de la familia.

Sac. Tú tampoco.

Agus. Bien, ni yo tampoco.

Sac. Cinco.

Agus. Sigamos. ¿Joven ó viejo?

Sac. Ni joven, ni viejo; pero si hay duda, joven.

Agus. (Gozoso.) ¡Es un detalle muy interesante!

Sac. Tú lo apreciarás. Venga otra hoja del libro. (Agustín le da la otra mano.) Seis.

Agus. Como no tienes negocios, el único negocio tuyo ha de ser forzosamente de simpatía. Ya ves que he encontrado una palabra suave....

Sac. Suave, siete.

Agus. ¿Y ahora tú pretendes averiguar si no será temerario el seguir la inclinación esa....?

Sac. Por de pronto eso. Que algo más desearía.

Agus. Ya iremos á más.

Sac. Ocho.

Agus. Lo que tú sientas, no tengo yo que decírtelo: lo que pueda sentir él, quizás te lo diga yo.

Sac. Nueve.

Agus. No, esta no es pregunta.

Sac. Ocho duplicado, sigue.

Agus. ¿Le quieres tú á él?

Sac Nueve.

Agus. Pero, contesta.

Sac. Sí. Diez, y venga otra hoja.

Agus. ¡Es un detalle muy interesante!

Sac. Pues ya van dos así.

Agus. No olvido el otro, no. Tú lo quieres, y él convencido de ti, ha de ser el más leal, el más bueno y el mejor de los hombres.

Sac. Dios lo haga.

Agus. Lo hará.

Sac. Once.

Agus. ¡No! Lo hará.. pero van diez.

Sac. Diez.

Agus. Y ahora llegamos á lo único difícil de esta clara adivinanza. Al nombre.

Sac. ¿Quieres saber el nombre?

Agus. Me parece que vale la pena... Confíate en mí, que mejor amigo no le tuviste nunca, y además, yo soy como él, joven en la duda.

Sac. ¿No lo sabes...?

Agus. (Amoroso.) ¿Que él te quiere? ¡Oh, sí! Y sé que ha tardado en decirlo, no por inseguridad suya, sino por miedo de ti... ¡Dime el nombre, Sacra...!

Sac. Guillermo Chacón.

Agus. (Sonriendo, pero con la voz alterada.) ¿Guillermo Chacón...?

Sac. Capitán de infantería...

Agus. (Soltando las manos de ella.) Capitán de... sí.

Sac. Y yo no le he dado una respuesta definitiva sin consutarlo contigo, porque no quisiera que me juzgaséis falta de cariño á vosotros...

Agus. No...

Sac. De aceptar he de marcharme. El está destinado en Zaragoza.

Agus. En Zaragoza...

Sac. Es muy bueno... y sobre todo, la idea de tener una casa mía, mía, Agustín...

Agus. (Levantándose.) Comprendo: debes casarte.

Sac. Pero abandonaros tan pronto...

Agus. Tan pronto, no: en eso padeces un error.

Sac. Quiere casarse en seguida. A primeros de Agosto.

Agus. No importa. No es en Agosto cuando nos abandonas.

Sac. Sí, sí. Hemos de marchar inmediata...

Agus. (Interrumpiendo.) No, no. No es en Agosto, ni es al marchar, es ahora y sin moverte de aquí cuando nos abandonas...

Sac. (Sorprendida.) ¡¡Agustín...!!

Agus. (Dominándose y sonriendo.) Pero es tan natural, que no hace diez minutos que lo hablábamos Echevarrieta y yo.

Sac. ¿Te has enojado conmigo?

Agus. ¿Enojarme porque sigas tu rumbo? No. Para seguir el ajeno, para tener piedad de los otros y no tenerla de sí mismo, hace falta ser tan bestia como lo soy yo. ¡A ninguno más se le ocurriría!

Sac. Agustín, ¿qué tienes?

Agus. Manda hacer la canastilla. Yo te la regalo.

Sac. No te la acepto...

Agus. Yo te la regalo; tírala después.

Sac. ¡Agustín!

Agus. ¿Quieres algún consejo más?

Sac. Tú me dijiste que al final habías de hablarme...

Agus. Sí. Quería suplicarte que cuando te cases, por las tierras que vayas, no cuentes á nadie que yo sacrifiqué mi carrera y mi porvenir en un minuto, loco de piedad y de cariño. Sentiría que hubiese más gente aún á burlarse de mí.

Sac. (Cogiéndole.) Agustín... ¿por qué te enfadaste?

Agus. (Rechazándola suavemente.) No estoy enfadado... y dispensa; tengo que hablar con el administrador. (Llamando, pero no fuerte.) ¡Echevarrieta!

Sac. Agustín, ¿qué tienes?... ¿por qué eres tan cruel?

Agus. (Riendo.) ¿Por qué soy tan cruel? (Con rabia.) ¡Echevarrieta! ¡Perdona que ni yo mismo sepa cuáles son mis crueldades!

Sac. ¡No me trates así, Agustín, que yo tengo adoración por ti.

Agus. O tú ó yo no sabemos lo que es adoración. (Alejándose.)

Sac. Agustín, hermano...

Agus. (Volviéndose rápido al oir lo de hermano) Dispénsame, Sacra, he de hablar de otros negocios con precisión.

Sac. Pues adiós...

Agus. (Sin mirarla más.) ¡Echevarrieta! ¡Echevarrieta! (Mutis Sacramento lentamente por derecha. Agustín, inmóvil hasta que después de un momento entra Echevarrieta por izquierda.)

ESCENA XII

AGUSTIN; ECHEVARRIETA, por izquierda

Echev. ¿Qué mosca le pica á usted para tantas voces?

Agus. (Sonriente.) He hablado con la señorita doña Sacramento Sandoval.

Echev. Enhorabuena.

Agus. Y está dispuesta á casarse.

Echev. Enhorabuena.

Agus. Con otro.

Echev. ¡Pues retiro las dos de una vez! Y perdóneme, don Agustín, pero tengo que retirar también el padrino...

Agus. ¿Y á esta mujer que no me quiere como mujer, iba yo, por piedad á encadenarme toda la vida...? Mejor será tomarlo á risa.

Echev. (Que se había puesto grave.) Mejor, mejor.

Agus. Y gracias á que he salvado del ridículo porque ella pronunció á tiempo el nombre del otro.

Echev. Ahi está el toque: en el nombrecito. A mí no me quiso más que una mujer—y fué bastante—bueno, pues yo no le consentí nunca que me dijera, te quiero. Tenía que

añadir mi nombre y mi apellido: te quiero, Gregorio Echevarrieta. Y así al menos no había confusiones.

Agus. Para otra vez ya lo sé...

Echev. ¿Le ha dolido á usted más de lo que aparenta, don Agustín..?

Agus. No aprende uno jamás... Nos parece que la bondad es un tributo debido, una obligación con nuestros semejantes, y cuando queremos ser los bondadosos es cuando uno se entera de que los otros viven perfectamente sin esa bondad de nuestra parte.

Echev. ¿Me deja usted decir una animalada? El que haya gentes bondadosas, lo encuentro muy bien: el que haya quien aguarde por la bondad de otro para hacer su propio camino, y si la bondad no llega ha quedarse viendo visiones, lo encuentro digno de un ronzal, costeado por varios amigos de la localidad.

Agus. No tanto...

Echev. Y en lo de doña Sacrita se demuestra que es usted el hombre de más suerte que ha nacido; ha quedado usted tan ricamente, tan bondadosamente... y tan solteronamente, lo que no es de despreciar.

Agus. Juzgándolo así puede que sea todavía un favor que me hizo...

Echev. ¿Quién lo duda?

ESCENA XIII

DICHOS; JUANA, por izquierda, entrega una tarjeta á Agustín

Agus. (Leyéndola.) Juan Díaz Raposo. ¿A qué vendrá este?

Echev. Probablemente un echadizo de Rosales. Son de la misma camada.

Agus. ¿Otra vez para que le venda la Fábrica?

Echev. Como si lo viera. Pero que no se le ocurra á usted ceder, ¿eh?

Agus. No. (A Juana.) Que pase. (Mutis Juana por izquierda.)

Echev. ¡Si valdrá cuando la codician de esa manera! ¡Quítele usted toda esperanza! Y al fula-

no este no le trate usted en Juan ni en Díaz.

Agus. ¿Pues en qué?

Echev. En Raposo; es de los pocos nombres justificados.

Agus. Ya lo conozco. (Le hace señas de que se calle y de que se vaya por izquierda.)

Echev. Le daremos dentera. (Alto y mirando con el rabillo del ojo á Raposo que entra y se va acercando humildemente) De modo...

ESCENA XIV

DICHOS; RAPOSO, por izquierda

Agus. (Insistiendo en que se vaya.) Sí, sí...

Echev. ¿Qué, servimos ese pedido nuevo?

Agus. (Impaciente.) Sí, sí...

Echev. ¡Habrá que tomar más operarios!

Agus. Claro, se tomarán.

Echev. Muy bien. Hasta luego. (Al marchar, fingiendo que no le ha visto, da un empellón á Raposo y para que no se caiga lo zarandea más aún.)

Rap. ¡Hombre, hombre!...

Echev. No le había visto; dispénseme.

Rap. (Sonriendo siempre.) No hay de qué...

Echev. Dispénseme, señor Garduña.

Rap. Raposo...

Echev. Raposo, sí señor. Siempre confundo los Raposos y los Garduñas. Dispénseme. (Mutis por primera izquierda.)

Rap. No hay de qué.

Agus. Pase usted.

ESCENA XV

AGUSTÍN y RAPOSO

Rap. (Muy humilde, muy por los suelos, muy raposo.) Servidor de usted...

Agus. (Como si no viera la mano que le tienden, sonríe saludando, se vuelve y echa sobre la mesa la tarjeta; después:) Haga usted el favor de sentarse.

Rap. (Insistiendo en dar la mano.) Tantísimo gusto.

Agus. (Extiende su brazo como si fuera también á darle la mano, pero antes de llegar coge una silla y se la entrega.) Aquí...

Rap. Gracias. (Se sientan.) Es muy simpático...

Agus. ¿Quién?

Rap. El Terranova ese que tropieza con las visitas.

Agus. Es muy fiel y muy bueno.

Rap. Muy bueno, sí. Cuando lo tienen ustedes suelto...

Agus. Ha sido sin querer.

Rap. Evidente. Y usted también es muy simpático, señor Ximénez.

Agus. (Escamado.) ¿También?... Gracias. Pues usted dirá...

Rap. Vengo para un asuntito... Una insignificancia. Ocho mil pesetitas.

Agus. Yo no debo nada.

Rap. Usted no, Clementito.

Agus. ¡Clemente! Esto explica lo juicioso de su conducta en este año...

Rap. Vea usted los pagarés... ¿Qué claritos, eh?

Agus. Ya sé que debe usted ir amarrado, Raposo.

Rap. (Riendo, acongojado.) Bien, bien, señor Ximénez...

Agus. Y perdone usted que haya suprimido lo de señor con lo de Raposo.

Rap. No siendo de los pagarés suprima usted lo que guste. Ya me recomendaron en muchas ocasiones que modificara el apellido, porque se presta á ingeniosidades á mi costa, pero yo no he querido acceder á esa modificación para no privar á los amigos de tan candoroso pasatiempo.

Agus. ¿Es usted filósofo?

Rap. ¿Por qué no?... El gusto mío es cobrar; el gusto de los que me pagan es insultarme. Lo de raposo va muy bien para eso... Además, es tan cómico que cuando me necesitan sea yo don Juan Díaz... y cuando llega la hora de pagar sea Raposo... (Ríe.) Y usted sabe, don Agustín, que los tiempos están por lo cómico, sobre todo al pagar. Perfectamente. Retrocedamos á lo de las pesetitas... Usted las pagará, don Agustín.

Agus. No tengo por qué.

Rap. Y él tampoco. Es una diablura obligarme ir al pleito...

Agus. No adelantará usted gran cosa. Clemente es menor de edad y no puede contraer responsabilidad legal.

Rap. ¿Qué me dice usted?...

Agus. Lo que usted no ignora porque lo conoce usted hace muchos años.

Rap. Precisamente por eso, me dije: con tantos años ya que le conozco, indudablemente es mayor... y ni sospecha tuve al presentarme la cédula personal en que así consta.

Agus. ¿Una cédula falsa?

Rap. Eso digo yo ahora... ¡Tiene que ser falsa! No puedo ir al pleito, no. Tendré que ir á la causa criminal por estafa.

Agus. (Levantándose súbito.) ¡¡Raposo!!

Rap. ¡Qué dolor, Dios mío, qué dolor! Obligarme á poner un apellido tan digno como el de ustedes!...

Agus. Hablemos francamente.

Rap. Sentiría causarle á usted un disgusto.

Agus. ¿Pues qué esperaba usted que me causara la noticia?

Rap. Siempre tiene usted razón, don Agustín...

Agus. Terminemos. A usted no le importa llevarnos á ninguna vergüenza ni usted desconocía la edad de Clemente. ¿Usted lo que quiere es el dinero?

Rap. No soy el único á quererlo en este mundo...

Agus. Y usted me dice que si no lo entrego, llevará usted á la cárcel á Clemente. ¿Es eso, sí ó no?...

Rap. No discuto con usted... eso será, sí señor.

Agus. Aguarde usted. (Mutis Agustín por primera izquierda.)

Rap. (Cuando Agustín ha desaparecido, dejando la máscara de humildad para ponerse radiante de júbilo.) Para los asuntos escabrosos no hay como las casas decentes... Raposo, Raposo... mucho se ríen de ti... pero también tú te ríes algunas veces... ¿no es verdad, Raposo? (Cambiando bruscamente el gesto en humilde.)

ESCENA XVI

RAPOSO, AGUSTIN, que entra, quedando inmóvil y silencioso un momento hasta que vienen, por primera izquierda, CLEMENTE y ECHEVARRIETA. Este queda en la puerta

Agus. ¿Sabes quién es el señor? ¿Has firmado tú unos pagarés?

Clem. Sí, pero te diré...

Agus. Sin decirme nada más. ¿Y la cédula falsa?

Clem. Me la proporcionó él mismo.

Rap. ¡Válgame la Virgen! ¡Lo que hay que oir para cobrar!

Agus. Pero, ¿tú sabías que era falsa?... ¿Y sabías que eso, en el Código, se castiga con la cárcel?...

Clem. No, porque el dinero es mío y como de lo mío se pagará...

Agus. Basta, basta: á las tres y media en mi despacho de la fábrica: firmarán ustedes los dos y yo recogeré los pagarés. (Se vuelve de espalda y habla con Echevarrieta.)

Rap. Servidor de usted...

Clem. (Cerca de la puerta izquierda á donde lo acompañó.) A las tres iré yo á buscarlo.

Rap. No te molestes...

Clem. Me dará usted quinientas pesetas: regaladas.

Rap. ¡No!

Clem. Y si no, niego que sea mi firma.

Rap. ¡Ya veremos ante los Tribunales!

Clem. A los Tribunales les tiene usted más miedo que yo. Deme las quinientas, cobra usted hoy mismo las nueve mil, me las vuelve usted á prestar, y negocio redondo.

Rap. No está mal discurrido. El día que te arruines, que será pronto, tu harás algo grande, Clementito. (Hace una reverencia.)

Clem. Cuente usted con ello. (Mutis Raposo por izquierda. Clemente le sigue pero retrocede.)

ESCENA XVII

ECHEVARRIETA, AGUSTÍN y CLEMENTE

Agus. ¡¡Clemente!! A ti te consta que el dinero se destinaba para cancelar la hipoteca. Y si al vencer el plazo no se puede liquidar, tu conciencia, si la tienes, te dirá lo canalla que eres.

Clem. (Amenazador, pero reconcentrado.) ¡Agustín!

Agus. A ti te consta lo que he sufrido en esa fábrica; tanto, que por todas las fortunas de la tierra, si me las dieran todas, no volvería á empezar... Y ya ves, ni siquiera te pido que tengas en cuenta lo mío... pero por tu madre y por tu hermana y por ti mismo sí te lo digo: Clemente, ¿por qué has hecho esa infamia? ¿Por qué no acudiste á mí?

Clem. ¿Y á regaño por duro? ¡Ca, hombre!

Agus. ¡Clemente!

Clem. Y si te conviene á ti manejar los cuartos de todos, á mí no.

Agus. ¿Si me conviene? (Espantado.)

Clem. Todo amor por nosotros no será...

Agus. (A Echevarrieta.) ¿Comprendes lo que dice?... ¿lo comprendes?

Clem. Tanta miseria, tanto «no tengo» y en la caja 36.000 pesetas. Es decir, 36.000 son las que aparecen; las que haya ó las que tú te gastes...

Agus. ¿Ladrón yo? ¡Tú, tú, tú! (Se echa á él y lo agarra del cuello, pelean un instante y los separa Echevarrieta.)

Echev. Váyase usted ahora.

Clem. Se acabó ya el tratarme en chiquillo.

Agus. Vete, Clemente.

Clem. De lo mío, dispongo yo.

Agus. ¿Quieres tu parte? Pues la tendrás, pero vete, vete...

Clem. Como quieras...

Agus. ¡Es un favor, un favor... vete, Clemente, vete!

Clem. Adiós. (Mutis por derecha.)

ESCENA XVIII

AGUSTÍN y ECHEVARRIETA

Agus. (A media voz.) ¡Canalla, canalla, canalla!

Echev. No se apure usted. ¡Le pagamos y buen viaje!

Agus. ¿Pero con qué se paga?

Echev. ¿Y qué más da que se rebaje la hipoteca ó que se rebaje otra obligación? La fábrica compra las acciones de Clemente,—las acciones que tiene de la fábrica, porque las acciones de Clemente no sé quien las va á querer...—y por eso le doy á usted mi enhorabuena.

Agus. Es más que un accionista... es mi hermano...

Echev. De eso le doy á usted el pésame.

Agus. Quizás debiera aceptarlo... (Desesperado.) ¡Suponerme capaz de robar á mi madre y á mis hermanos!...

Echev. En eso no hay ofensa.

Agus. (Cogiéndolo bruscamente.) ¡¡Echevarrieta!!

Echev. No, señor. Usted es honrado, y lo que usted piensa de los demás es que son honrados también. Clemente anda muy cómodo entre falsificaciones, y lo que piensa de los demás es que tenemos esa misma comodidad: le cree á usted, como él es; y desde su lado, evidentemente, le hace á usted favor...

Agus. ¡Qué ha de hacer!

Echev. ¡No le quepa á usted duda! ¿Cuál es el mayor elogio que haría usted de mí?... Echevarrieta es tan honrado como yo mismo. Pues Clemente dice: ¡Agustín es tan ladrón como yo mismo! Un favor; no le quepa á usted duda.

Agus. No sé agradecérselo entonces...

Echev. Eso ya tiene más dificultades...

ESCENA XIX

DICHOS, PADRE EUSEBIO y ROMERAL, por izquierda

Rom. (Entrando rápido.) Buenos días.

Agus. (Afectuoso.) Buenos días, Romeral. Hola, padre Eusebio.

Rom. He rogado al padre Eusebio que viniera conmigo porque me conviene que presencie la conversación.

Agus. Con mucho gusto, por ser el padre Eusebio... ¿pero desde cuándo acá se necesitan testigos para mis palabras, señor Romeral?

Rom. No nos enfademos ahora, antes de hablar. Si usted lo considera necesario, nos enfadaremos luego. (Pausa.) Cuando se ha casado su hermana de usted con mi hijo Antonio yo no he tenido ninguna exigencia respecto á la dote. ¿Es verdad?

Agus. Es verdad.

Rom. (Al padre Eusebio.) ¿Usted oye que es verdad? (A Agustín.) Usted me dijo que por el bien de todos convenía que la legítima de Anuncia continuara unida al negocio. Hasta el momento en que hablo, yo no he recibido un céntimo ni lo he pedido. ¿Es verdad?

Agus. Sí, señor.

Rom. (Al padre Eusebio.) ¿Oye usted que es verdad?... ¿Creo haberme portado correctamente?... Ahora, ahora me dicen una cosa estupenda; que ese dinero ahorrado no va para ls amortización de la hipoteca sino para que se paguen trampas y vicios de ese canallita de Clemente; ¿es verdad?

Agus. Sí.

Rom. (Al padre Eusebio.) ¿Usted oye que es verdad?

Echev. Y lo oimos todos.

Rom. Ya que hay dinero y no va para la fábrica, venga la parte de mi nuera.

Agus. Es que entonces no llega para recoger las letras...

Rom. Que no llegue...

Agus. Es que irá Clemente á la cárcel...

Rom. Que vaya... De todas maneras, parece que es la vocación.

Agus. (Conteniéndose.) ¡Señor Romeral! ¡¡Señor Romeral!!...

Rom. Dispénseme, pero ha de comprender usted que no se pueden tratar los asuntos con razones sentimentales...

Agus. Es muy justo.

Rom. Y el día que usted señale, nos entregará la legítima de Anuncia.

Agus. ¿Y Anuncia?... ¿Mi hermana Anuncia?...

Rom. ¿Qué?...

Agus. Anuncia, ¿conoce este paso de usted?

Rom. Naturalmente.

Agus. ¿Y lo aprueba?

Rom. Naturalmente.

Agus. ¿También ella desconfía? ¿También ella? ¿Pero no ven que es la ruina de la fábrica y la nuestra?... ¿no lo ven? ¿No lo ven? ¿Y para este final he renunciado yo á mi vida? ¿Para cosechar odios y recelos, he sembrado yo tanto amor y tanto sacrificio?... Padre Eusebio, padre Eusebio... ¿no me dijo usted que Dios lo bendeciría?

P. Eus. (Inclinándose humilde y confuso.) Agustín...

Agus. ¿Y por esta gente que no ve más allá de su egoísmo, por esta gente que no tiene una fibra de ternura... he desdeñado yo mis ideales?...

Echev. Está bien todo eso, pero no diga usted por esta gente... ¡por esta gente!... Parece que habla usted de una gente especial... Y estos, y los otros, y los de más allá, son todos muy parecidos.

Agus. Puede que tengas razón. Llama á mi madre.

Echev. Pero no se queje usted... Si en el mundo no hubiera malos, se quedarían los buenos sin tener que hacer...

Agus. Llama á mi madre. Llámala, llámala.

Echev. Quizás valga más de una vez...

(Mutis Echevarrieta por derecha.)

ESCENA XX

DICHOS, menos ECHEVARRIETA

Rom. ¿Qué decide usted?

Agus. Se venderá la fábrica; sobra quien la desee; y se pagará la legítima de Anuncia.

Rom. Quisiera decirle además...

Agus. ¿Es algo de interés?

Rom. Claro.

Agus. He preguntado mal. ¿Es algo de intereses?

Rom. No.

Agus. Entonces, si á usted le parece, hemos terminado ya la conversación.

Rom. (Fríamente.) Como usted guste... Beso á usted la mano. (Mutis por izquierda.)

Agus. Beso á usted la suya.

ESCENA XXI

AGUSTÍN y el PADRE EUSEBIO

P. Eus. (Después de una pausa.) Todo se arreglará... Ten fe...

Agus. (Lo mira fijamente y después.) Sí...

P. Eus. Tú hiciste bien al amparar á los tuyos...

Agus. Sí. Dar la mano al que se ahoga; sí. Pero dejar que nos eche los brazos al cuello para ahogarnos los dos, no. ¡Eso no!

ESCENA XXII

DICHOS, DOÑA ANUNCIACIÓN, SACRAMENTO y ECHEVARRIETA por derecha

Anun. ¿Llamas, hijo?

Agus. Madre, los asuntos van mal.

Anun. ¡Era lo que me faltaba por ver en este mundo!

Agus. Pues abre los ojos, madre, abre los ojos, que más tienes que ver aún.

P. Eus. Dios ha querido probarlo...

Echev. (Al Padre Eusebio.) ¿Probarlo...? Pues por poco se lo come todo.

Agus. Madre, Anuncia vende; quiere su legítima.

Anun. ¡No; te engañaron!

Agus. Clemente vende: no quiere ir á la cárcel.

Anun. ¡No! ¡Pobrecito! Ya te explicaré...

Agus. Sacramento se casa y marcha con su marido.

Anun. ¡No!

Agus. Pregúntaselo á ella.

Anun. ¿Verdad que no es verdad, Sacra? ¡Sacrita! (Sacrameto baja los ojos.)

Agus. Es verdad. Tú dirás lo que quieres hacer tú.

Anun. ¿Yo?

Agus. Ellos, los que vine á defender; ellos, los débiles, me dan la lección del fuerte, del que sigue su camino sin importarle que haya ó no haya otros caminos á su lado. ¿Qué resuelves tú?

Anun. ¿Yo? No sé... ni supe nunca que hubiera nada que resolver. ¡No sé, Agustín... lo que tú me mandes...! (Se echa en sus brazos desconcertada y asombrada.)

Sac. (Aparte á Echevarrieta.) ¿Pero qué ha pasado?

Echev. Con ellos, que son unos egoistas: ya lo ha oido usted... Y con usted, que don Agustín la quería y usted quiere á otro. No es mucho para usted, pero es bastante para don Agustín.

Sac. (Yendo á Agustín, lo coge de una mano.) ¡Agustín, Agustín! ¿Por qué no hablaste?

Agus. (Separándola dulcemente.) ¡Sacra, Sacra! ¿Por qué hablaste tú...?

Anun. ¿Qué me mandas...?

Agus. Yo me marcho también á Madrid. Venderé mi parte de la fábrica, ya que me obligan...

Echev. ¡Cá!

Agus. Sí...

Echev. No. Y usted, ¿por qué ha de vender? Ya saldremos adelante, que peor estábamos y salimos. ¿Que se queda usted solo? Mejor. Más negocio para usted. Y si hace falta dinero, ya sabe usted que andan ofreciéndolo.

Agus. (Sin fuerzas ya.) No, no... Han sido muy crueles...

Echev. ¿Y dónde cree usted que no hay de esos bichos? ¿Usted no dice que va á seguir su camino? ¿Pues qué más camino tiene usted que la fabrica?

Agus. Mi carrera.

Echev. Déjese usted ahora de carreras, que bastantes nos dan... ¿Va usted á pasarse los años brincando de oficios? Porque lo quieren, dejó usted la cátedra; porque no lo quieren, deja usted la fábrica... ¿Pero usted se ha figurado que la vida es un trampolín, hombre? Estese usted quieto en un sitio y no sea usted burro, hombre.

P. Eus. ¡¡Echevarrieta!!

Echev. ¿Qué he dicho?

P. Eus. Burro...

Echev. ¿Y por esa pequeñez me corta usted el hilo?

Agus. ¡Es que ellos me injurian...!

Echev. ¿Y qué? Si alaban, bueno; si ladran, que ladren, y si muerden, deles usted una patada; pero siga usted siempre adelante.

Agus. ¿Para recoger ingratitudes?

P. Eus. ¿Qué labrador no ha tenido en su campo una mala cosecha? Y por eso no deja el campo...

Agus. No, no... (Sentándose desanimado.)

Echev. Estábamos frescos si todos nos dejásemos llevar de una impresión de mal humor para resolver los negocios. ¡Arriba, arriba! Usted (A doña Anunciación.) de un brazo, yo de otro y arriba con él.

Agus. (Que se levantó abrazándolo.) Gracias...

Echev. (Rechazándolo bruscamente.) ¡Quite usted de ahí, hombre! Hasta que le cantemos el gloria y el aleluya á doña Fábrica, ni pensar en mí para un abrazo.

Agus. (Que reía.) ¡Pues cantémoslo, Echevarrieta! Ha sido uaa flaqueza indigna el desertar de mi puesto.

Echev. (Dejándose.) Abráceme lo que quiera...

Agus. Tenéis razón vosotros. Por mi camino voy, y de él no deben separarme odios ni amores.

Echev. ¡Usted tiene talento, pero cuando me escucha á mí tiene usted sentido común, que es mejor!

Sac. No me casaba por amor, sino por verme sin amor... (Agustín la mira fijamente.)

Anun. Pero, ¿qué es lo que pasa, hijo, que yo no me entero bien...?

Agus. (Abrazándola.) Nada, madre, nada.

Anun. ¿Y eso no lo pueden arreglar?

Agus. Arreglado está ya.

P. Eus. Y tú sin acordarte siquiera de su nombre, estás cumpliendo la voluntad de tu padre..

Agus. (Imponiéndole silencio.) ¡Chis...! ¡El padre ha muerto: el hijo tiene que vivir! ¡A vivir, Echevarrieta!

Anun. ¿Continúas con nosotros, hijo...?

Agus. Sí, madre.

Echev. Claro que se queda firme en su puesto. ¡Qué más quisieran los granujas si no que se echaran para atrás los honrados! Y mire usted, don Agustín, aunque un hombre de bien, siguiendó en su sitio, no hiciera más que privar del sitio ese á los malvados y á los envidiosos, ya estaba haciendo un gran bien en este mundo. Esa es la mía.

Agus. Pues si es la tuya, con esas palabras ó con otras, esa es la de todos los hombres de buena fe y de buena voluntad. Adelante, Echevarrieta.

Echev. ¡Adelante, don Agustín! De frente se ve siempre mucho camino...

Anun. (Tímidamente) Entonces... ¿queréis almorzar ya...?

Echev. También está usted en lo firme, doña Anunciación.

Agus. Quédese, Padre Eusebio. ¿Vienes, Sacra...? (Sacramento va á Agustín y con las dos manos se coge de su brazo como colgándose, como amparándose de aquel brazo fuerte y leal. Agustín abraza á la madre y se va llevando á las dos. Echevarrieta y Padre Eusebio los siguen.)

P. Eus. Agustín ya marcha firme, y en lo suyo, con Sacra, me parece que he de intervenir muy pronto.

Echev. ¿Muy pronto...?

P. Eus Muy pronto.

Echev. No disputo. En eso de faldas sabe usted más que yo.

P. Eus. (Riñéndole afectuoso.) ¡Echevarrieta!

Echev. (Besándole la mano.) ¡Padre Eusebio! (Se abrazan riendo y contentos.)

TELON

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Cuarta edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Segunda edición.)

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el tro Lara. (Tercera edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los mestros Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

Cuando ellas quieren...

Comedia en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Salón Regio.

Cuando ellas quieren...

Comedia lírica en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Cómico.

Lo que engaña la verdad.

Paso de comedia en prosa, estrenado en el Teatro Español.

El Caballero Lobo.

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La magia de la vida.

Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Ruperto Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

La fuente amarga.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa.

Clavito.

Paso de comedia en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Salón Nacional.

El buen demonio.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

La raza.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Lady Godiva.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Doña Desdenes.

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

Flor de los Pazos.

Comedia en doe actos, estrenada en el teatro Lara.

Precio: 1,50 pesetas